

# El orden de las cosas



Iván Thays

© 2011, IVÁN THAYS  
© De la edición 2011, Santillana S.A.  
Av. Primavera 2160, Lima 33, Perú  
© 2012, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición:  
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4392-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIERA  
Cubierta: PATRICIA SORIA Y EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ

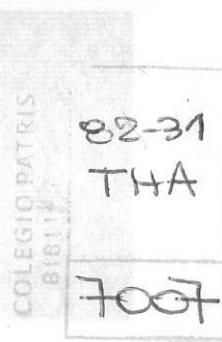
Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Thays, Iván  
El orden de las cosas / Iván Thays. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.  
144 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja. Narrativa contemporánea)  
ISBN 978-950-46-4392-0  
1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.  
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015, EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, REPÚBLICA ARGENTINA.



# El orden de las cosas

Iván Thays



loqueleo

*Estás lleno de secretos que llamas Yo.*

PAUL VALÉRY

## UNO

En mi mano derecha estaban aquellas fichas amarillas garabateadas con lo que había escrito durante el viaje en avión. Ideas sueltas. Algo que decir. Era todo lo que tenía, lo único que se me había ocurrido.

Al fin había llegado al pueblo. Estaba exhausto por el viaje imprevisto y, sobre todo, por tantos recuerdos. El taxi buscaba la dirección que le había dado. Iba lento, me permitía ver caras, casas, reconocer lugares. Le había pedido que me dejase dos cuadras más allá de la iglesia. Ya estábamos ahí. La misma vieja iglesia en medio del parque, quizá recién pintada, pero no por eso menos vieja.

¿Hacía cuánto que no regresaba? Veinte años. Veintiún años, en realidad.

Las casas habían cambiado el adobe por el ladrillo, la pista era de asfalto, menos árboles, más ventanas; pero aún seguía siendo la misma larga calle de un solo sentido que recorrió en bicicleta, una y otra vez, durante el día o en medio de la noche cerrada, el año que estudié en el colegio de aquel pueblo minero.

Di unos pasos arrastrando mi maleta por la vereda hasta la casa de Sebastián y Graciela. La casa no había cambiado mucho, apenas algunas modificaciones sin importancia. Seguía siendo imponente, la más grande de todo el lugar, con el techo altísimo y el lustroso patio de baldosas donde nos resbalamos todos alguna vez.

Graciela salió a recibirme.

Me dio un fuerte abrazo aun antes de decir mi nombre. «Han pasado más de veinte años», pensé. «Y sigue oliendo a fruta». Solté la maleta y la abracé también. Me dijo algo al oído que no alcancé a escuchar. Nos sepáramos y nos miramos a los ojos, ahora sí reconociéndonos.

¿Tanto habíamos cambiado?

Yo había cambiado, eso lo sabía perfectamente. Ella también, pero seguía siendo hermosa e, incluso, inesperadamente juvenil.

—Espero que tengas el discurso preparado —dijo Graciela—. Todos están pendientes de escuchar al escritor famoso del que hablan los periódicos.

Metí la mano al bolsillo del saco, cerré el puño y apreté las fichas que apenas unos minutos antes había guardado ahí. Hubiera querido sacarlas, mostrárselas a Graciela, arrojarlas al vacío, desaparecerlas. Hubiera querido saber improvisar, decir algo que realmente saliese del corazón y no tener que depender de aquellas frases.

Y es que Sebastián se merecía algo mejor que unas fichas alineadas y enumeradas, garabateadas por alguien que quería dedicarle palabras, miles de palabras, que yo sabía que no en este momento sino luego, cuando regresase a mi casa, aparecerían en mi cabeza.

En algún momento las palabras, las verdaderas palabras que le debía a Sebastián, aparecerían. Y serían tan obvias, tan precisas, tan justas. Será como descubrir, nítidamente, al fin, las palabras invisibles que desde hace veinte años daban vueltas en mi cabeza y en mi corazón.

Pero llegarían, ya lo dije, inevitablemente tarde.

Puede parecer curioso pero nunca he sido bueno con las palabras.

Es decir, no soy bueno para hablar en voz alta. Prefiero escribir.

Cuando era un niño siempre escribía cartas. Les escribía cartas a mis amigos que vivían en varios países, a mis primos que vivían en Lima, a mis abuelos que también vivían en Lima. A mis padres les escribía cartas que pasaba por debajo de su puerta a la hora de la siesta. En ellas les decía, con una letra grande y redondeada, una letra fea, que los quería. O que no los quería. Que estaba triste o feliz. Eran cartas largas, cartas llenas de páginas, cartas llenas de frases, de ideas, de emociones. Cartas que no llegaban a ningún puerto, que en el fondo no querían decir nada concreto, simplemente existir.

No, definitivamente no era bueno con las palabras. Pero Sebastián sí lo era.

Era extraordinario para hablar en público. Siempre terminaba en primer lugar en los concursos de oratoria. Y cuando había que dar un discurso en la formación, frente a todo el colegio, al único que la maestra señalaba sin dudar era a Sebastián. Él sabía que tenía

ese don, entre embaucador y extremadamente lúcido, por eso siempre buscaba que le tomaran los exámenes orales. O que la nota final fuese una exposición. Yo estudiaba mucho, leía todo lo que había que leer, leía a veces más de lo que los profesores nos pedían. Y a la mañana siguiente, mientras comía algo de su lonchera, adelantándose a la hora del almuerzo, Sebastián me decía: «Dime todo lo que sabes del tema». Le leía mis fichas. Le hacía un resumen rápido, desordenado, nervioso, sobre todo lo que había estudiado el día anterior. Luego, cuando llamaban a Sebastián a la pizarra y le pedían exponer sobre la Revolución Francesa o sobre las Cordilleras en el Perú o sobre el amor en *Cien años de soledad*, daba una explicación inteligente, ingeniosa, convincente, original, incluso audaz; pero sobre todo tan conmovedora que casi siempre terminaba con un aplauso escapado de dos o tres compañeros, además de la encandilada maestra.

—Eres un encantador de serpientes —le dijo una vez una profesora suplente que no quiso tragarse el don de Sebastián. Él se encogió de hombros y se echó a reír.

De todos modos, al final, su nota fue la mejor del salón.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté aquella noche en la cabaña—. ¿Cómo puedes estar tan seguro a la hora de exponer sobre temas de los que, me consta, en realidad no sabes nada?

—Sé lo que tú me cuentas que has leído —se defendió.

—Pero eso no es nada, no los estudiaste, solo es un resumen.

—Con eso es más que suficiente. Lo que se necesita no es tener muchos conocimientos sino saber poco, pero ser muy ordenado. Te voy a poner un ejemplo...

Ni él ni yo sabíamos que esa noche en la cabaña, la noche de esa conversación tonta sobre el orden de las cosas, iba a cambiar nuestras vidas para siempre.

A veces quisiera retroceder el tiempo y que nunca hubiera ocurrido. No habernos visto entonces, vernos al día siguiente, jugar fútbol, conversar de lo que sea, seguir como antes. Pero es imposible. No se puede rebobinar el pasado. Y aun si se pudiese, quizás solo seríamos espectadores sin capacidad para cambiar las cosas.

Ese día, Sebastián y yo estábamos dentro de la cabaña, tendidos sobre unas viejas frazadas, mirando a lo lejos las luces de los autos sobre el puente. No había sonido alguno. Sebastián cogió una varita de madera y trazó una línea en la tierra removida.

—Así es la vida —dijo mientras hacía avanzar la vara sobre la línea trazada—. Un orden establecido, una línea, una sucesión de puntos. Ahora estás acá, luego más acá y luego llegas al final y se acaba. Lo que yo hago es colocar todo lo que sé, todo lo que tú me cuentas, en orden y ya está. Si sabes ordenar las cosas, todos pensarán que sabes de lo que estás hablando. Pero si eres un caótico, un desordenado, entonces, aunque seas un genio, pensarán que eres un tarado.

Me quedé pensando en aquel orden del mundo. Y en las intervenciones orales de Sebastián que tanto éxito tenían. Era cierto, todas seguían un mismo orden; primero, un dato coyuntural, una broma; luego, un

análisis del tema con los pocos datos que recordaba; luego una opinión personal dicha con énfasis; y finalmente, cerraba lo que acababa de decir con la misma broma del principio, pero dicha ahora con más seriedad, como si fuera algo determinante, como si lo que dijo al inicio descuidadamente, como si no importara, fuera en realidad lo único que quería decir.

—¿Y crees que todas las cosas en el mundo tienen un orden? —le pregunté.

—¿Y qué crees tú?

—Que no, que las cosas pueden ser a veces distintas. Que todo puede ser de otro modo. Y que es imposible saber cómo van a ser las cosas hasta que suceden.

Sebastián me miró directamente a los ojos. Parecía tratar de descubrir algo en mi mirada. Me escudriñaba. Luego, volteó el rostro hacia el río y dijo, decididamente triste: «A veces quisiera creer que es como tú dices. Pero no, en realidad todo sucede porque tiene que suceder. Hay un orden estricto en las cosas y nadie, nunca, escucha bien, nunca, lo podrá modificar».

En aquel entonces Sebastián era, de lejos, el chico más popular del colegio. No solo porque su padre era el gerente general de la mina de ese pueblo apartado del mundo, en la cual los padres de la mayoría de alumnos trabajaban, sino porque era el capitán del equipo de fútbol y el mejor jugador de la escuela, a pesar de estar solo en tercero de secundaria.

Y también por Graciela, claro está, su hermana melliza. La hermosa chica de la que todos estaban enamorados en secreto.

Gracias al fútbol me hice de inmediato amigo de Sebastián.

Mis padres y yo habíamos llegado a aquel lugar porque mi padre consiguió un buen puesto en la mina. Ingresé en tercero y el cambio fue muy fuerte. Venía de un colegio de Lima, donde las clases y los recreos eran muy distintos. Mi nuevo colegio era elegante, grande, con una cafetería estupenda, una biblioteca respetable, una sala de proyección que llamábamos (con más entusiasmo que veracidad) «cine» y profesores interesados en nosotros. Pero no dejaba de ser un colegio en medio de las montañas, los árboles y las acequias, y eso para un chico de Lima resultaba terriblemente aburrido.

Sin embargo, la verdadera diferencia entre ese colegio y el de Lima era el campo de fútbol. Este era un campo verde, bellísimo, que parecía la fotografía de un estadio europeo en plena Copa del Mundo. Estaba rodeado de graderías de concreto y los maderos de los arcos brillaban de blancos. En las noches, las redes eran guardadas en el vestidor, donde también había lustrosas pelotas, siempre del último modelo aparecido, y el césped era regado cada cierto tiempo por extensas mangueras.

Muchas veces me quedé a ver esa escena: El campo de fútbol apenas iluminado por la luna, los arcos sin redes, el silencio de las gradas y las mangueras vertiendo el agua, como serpientes que dejaban atrás su piel, sobre el verdísimo césped.

Como había venido de Lima, y siendo un colegio pequeño con un único salón por grado, no fue difícil

entrar al equipo. Debo admitir que también ayudó el azar. Yo era zurdo. Era el único zurdo del salón. Además, era muy veloz. Ya desde las primeras semanas, en clase de gimnasia, mientras hacíamos piques o carreras de cien y doscientos metros planos con cronómetro, Sebastián había descubierto mi velocidad.

Una tarde se acercó a mí y me preguntó si jugaba fútbol.

—Claro —le dije secamente, aún incrédulo ante la posibilidad de hacer un amigo *verdadero* en ese colegio nuevo.

—¿Y en qué puesto juegas? —insistió.

—En cualquier puesto, menos arquero —contesté. Y cuando intenté alejarme, me retuvo por un hombro y me dijo que al día siguiente, por la tarde, habían pedido la cancha para entrenar los de tercero.

—¿Por qué no te pasas por aquí? —me invitó, al tiempo que me preguntaba si tenía chimpunes. Le contesté que iba a pensarlo aunque sabía que, sin lugar a dudas, iba a asistir.

Y es que esa era mi oportunidad.

En mi colegio limeño era un jugador regular, mediocre más bien, dentro de un colegio enorme, bilingüe, con chicos de muchos países; siempre había alguien que jugaba mejor que yo en cualquier puesto que me ubicara. Pero, pese a ello, siempre lograba introducirme en los equipos B de grado o en la suplencia. Una vez, incluso, llegué a integrar un equipo A en primaria y conseguí una medalla de tercer puesto con mi selección.

El fútbol era mi gran, mi única pasión.

Sabía formaciones enteras de mis equipos favoritos, las historias de las copas del mundo, tablas de

goleadores. Coleccionaba camisetas. Seguía las ligas de fútbol de Alemania, Inglaterra, Italia, España y Argentina, además de la peruana. Incluso, había abierto una cuenta en el banco y estaba ahorrando el dinero de mis propinas, mis cumpleaños y los trabajos eventuales que hacía para mis padres, con el objetivo de pagarme el pasaje para el Mundial de México, en 1986. Además, tenía lo que mi mamá llamaba «tu tesoro más preciado»: un autógrafo de Diego Armando Maradona que consiguió para mí mi papá en uno de sus viajes a Argentina. Aunque tenía un equipo favorito en cada país, por entonces yo era realmente fan del Boca Juniors y me habían regalado en un cumpleaños, traído desde Buenos Aires, el traje oficial Adidas con el número 10 en la espalda.

Mientras pensaba en la invitación de Sebastián, entendí que difícilmente en ese colegio de provincia podría haber jugadores mejores que yo; me daba por titular fijo. Por eso iría. Y además, moría de ganas de ver la cara de todos cuando me viesen llegar vestido como un jugador del Boca Juniors, con la camiseta oficial, entrando en un estadio de provincia como quien entra en la Bombonera.

No me equivoqué en ninguna de las dos proyecciones.

En efecto, todos me miraron con asombro y envidia cuando vieron mi traje amarillo y azul, de raso, iluminado por las luces del crepúsculo serrano. Y, tal como predice, ninguno de ellos jugaba mejor que yo.

Ninguno, salvo Sebastián.

Él era un jugador auténtico, un jugador natural. Era de otro lote. Y no solo por su voz de mando, por su proyección en la cancha, su perfecta ubicación, sus

movimientos como calcados de los verdaderos jugadores que veía en televisión. Lo que tenía Sebastián era una especie de «explosión» que me dejaba impresionado. Cuando veía que la bola llegaba hacia él, aunque estuviese detenido, echaba su cuerpo hacia adelante, daba un pique y salía corriendo para alcanzar el balón y llevárselo hasta el área contraria, como si alguien hubiera encendido un cohete en su espalda. No era un jugador habilidoso, pero su fuerza arrastraba a los contrarios y era imposible detenerlo. Cuando pateaba hacia el arco, la pelota siempre reventaba con un sonido duro, seco, y salía disparada con una fuerza asombrosa.

Un «cañonazo» con todas las de la ley. Si no se estrellaba con estrépito en el palo, o pasaba silbando cerca del arco, era gol seguro. Imposible que un arquero, al menos uno de nuestro colegio, se atreviese siquiera a estirar las manos e intentar detener ese proyectil.

Sebastián jugaba de volante derecho. Tenía en su equipo un centro delantero bastante respetable, aunque algo lento, apellidado Zimic, a quien le decían «El Ciego» porque usaba lentes de contacto. Había, además, un chico muy flaquito y bajo de estatura pero que tenía una habilidad endiablada con la pelota en los pies, «Mateíto» Martínez. Nuestro arquero era un muchacho largo y tartamudo que prefería el básquet. El equipo se completaba con algunos jugadores menos notables, pero siempre empeñosos, entre los cuales siempre rotaba uno —nunca dos juntos, ni los tres— de los tres chicos del salón que se hacían llamar «Las Serpientes»: Samanez, Seclén y Sardón.

«Las Serpientes» oficiaban de reyes clandestinos de la clase; organizaban la destrucción y el caos, decidían las

travesuras, las bromas pesadas y los castigos a quienes se rebelaban ante su serpentínico poder. Terminaban siempre peleándose con alguien a la salida del colegio, o persiguiendo a las alumnas del colegio para espantarlas con piropos subidos de tono. Estudiaban kung-fu con un profesor particular, un chico que trabajaba en la mina como supervisor, y en los recreos se paseaban dando giros coreográficos con *nunchakus*, buscando pelea incluso con los chicos de cuarto o quinto de secundaria. A pesar de todo eso, respetaban a Sebastián como capitán del equipo. Y aquí debo insistir en que ese respeto no solo se debía a que su padre, como dije antes, era al fin y al cabo el jefe de casi todos los padres de los chicos de ese colegio, ni porque era un jugador de fútbol tres o cuatro veces mejor que el resto (y el preferido del profesor de gimnasia, del entrenador del equipo de tercero y de todos los profesores), sino, sobre todo, porque era el hermano mellizo de la bella, la perfecta, la inalcanzable Graciela.

Como mellizos, Graciela se parecía físicamente mucho a Sebastián. Ambos tenían la expresión felina, de ojos amarillos y cara redonda. Los ojos de Graciela, sin embargo, brillaban más bajo cierta luz y en contraste con su pelo bruñido. Tenían vida propia. Pero lo más resaltante es que Graciela tenía una voz hermosa, ronca, susurrante, que era aprovechada por los directores del colegio, usándola como protagonista de todas las veladas estudiantiles, donde se le imponía un programa lleno de baladas románticas acompañadas por dos chicos con guitarras acústicas y uno con un cajón peruano.

Sin embargo, en realidad Graciela era una chica rockera y odiaba esas baladas profesoriles. Componía unas letras llenas de ira, malas palabras e insultos a la sociedad. Alguna vez, con unas amigas, de niñas, participó en un concurso de televisión llamado *Yola Rocker* con una banda llamada «Cuatro Ratas». No consiguieron nada, pero los disfraces *punk* con que se vistieron eran memorables; Graciela llevaba esa foto en su cartera y no había que rogarle mucho para que la mostrase. Además, gracias a la insistencia de sus padres, también le gustaba el *jazz* y, a decir verdad, su voz, tan serena y profunda al mismo tiempo, estaba temperada mucho mejor para el *jazz* que para el *rock*.

La primera vez que la escuché cantar fuera del colegio fue en una reunión en su casa. También fue la primera reunión, de muchas, a la que asistí invitado por la familia de Sebastián, que poco a poco me fue tomando mucho cariño.

Desde aquel día que hablamos por primera vez, solíamos conversar mucho y yo lo acompañaba siempre hasta su casa en bicicleta. Muchas veces me quedé a almorzar con él, o incluso a cenar, con la excusa de hacer las tareas juntos.

Graciela siempre estaba encerrada en su cuarto o en casa de una amiga, así que la única oportunidad de verla era en las fiestas.

A esas fiestas también invitaban a mis padres, pero ellos jamás asistían. Mi padre era un hurao, un hombre silencioso en extremo, y mi madre solía perderse en los pasadizos de la casa, esperando que alguien la necesitase.

Yo no lo sabía, pero en aquellos días se llevaba una guerra sorda entre ellos.

La madre de Sebastián se sentó al piano —un inolvidable piano de pino rojo que presidía la sala, una reliquia familiar de un olor peculiar y las teclas de color marfil— y tocó una melodía tristísima que Graciela interpretó en inglés con una voz aun más opaca que la letra.

—Es una canción bellísima, pero me causa angustia —le susurré al oído a Sebastián.

—Es una composición húngara. Se llama «*Gloomy Sunday*». Hay una buena historia detrás de esa canción. Espera a que terminen y te la cuento.

Nos quedamos callados hasta que Graciela cantó las últimas tristes notas. Mientras aplaudíamos, Sebastián me contó la historia de «*Gloomy Sunday*». Había sido compuesta por dos húngaros y, desde que se interpretó por primera vez, se le conoció como «la canción del suicidio». Se dice que diecisiete jóvenes se suicidaron luego de escucharla o mientras la oían. Incluso uno de los compositores se arrojó al vacío desde un edificio. La anécdota me escarapeló el cuerpo, como siempre que me hablaban de la muerte a esa edad, pero quise evitar pensar en eso y preferí zafar con una broma:

—¿Qué te parece si llamamos por teléfono a nuestros profesores y les ponemos la canción? —le dije—. O pongámosla por el megáfono para todo el salón de profesores. Quizá tengamos suerte y alguno se mata.

Sebastián me escuchó con atención y afirmó con la cabeza, pero no sonrió. Estaba muy serio y miraba a través de la ventana. La noche había caído ya, y pronto tendría que regresar a mi casa.

## DOS

Observé cómo la lucha entre el amor y la amistad se desarrollaba en la obra de teatro que se presentó en la noche anterior. La obra titulada "DOS" trataba sobre las relaciones entre dos amigos que se conocieron en la infancia y que se separaron para vivir en diferentes ciudades. Los amigos se reencontraron después de veinte años y se dieron cuenta de que sus vidas habían cambiado drásticamente. Uno de los amigos era un exitoso empresario que vivía en una gran casa en la ciudad, mientras que el otro amigo era un simple trabajador que vivía en una pequeña casa en la periferia. Los amigos se emocionaron al recordar los buenos tiempos que pasaron juntos en su juventud, pero también se dieron cuenta de que sus diferencias eran más grandes de lo que recordaban. El amigo empresario se sintió orgulloso de su éxito y de su vida, mientras que el amigo trabajador se sintió frustrado por su situación. Los amigos se dieron cuenta de que necesitaban trabajar juntos para superar sus diferencias y encontrar una forma de vivir que les permitiera ser felices.

Tal como lo había supuesto, no fue difícil entrar en el equipo titular de fútbol de tercero. Desde la primera práctica supe que un padre de familia llevaba el buzo de entrenador, pero el verdadero responsable del equipo era Sebastián. Fue él quien insistió en que debían aprovechar mi velocidad y, sobre todo mi zurda como volante. El entrenador quería colocarme de lateral por la banda izquierda, hundido en mi propia área, un puesto en el que yo me sentía más cómodo en realidad, pero Sebastián se impuso y terminé como volante, jugando sobre la línea de mitad del campo.

Al principio fue un desastre.

Era cierto que mi aceleración me permitía sumarme al ataque casi al mismo ritmo que Sebastián, lo que era bastante, pero el problema estaba en los contragolpes. Mi falta de físico me impedía bajar a defender cuando perdíamos el balón en el ataque, y antes del primer tiempo terminaba como un espectador que trotaba por el campo sin posibilidad de ayudar al equipo.

Otro día, durante el entrenamiento, el entrenador nos dio órdenes de que jugáramos con el balón en la recta media y que nos concentrásemos en el control del balón. Nos dimos cuenta de que ésta era una estrategia que funcionaba bien en el fútbol de tercero, ya que el balón se movía rápidamente y nos permitía mantener el control del balón. Sin embargo, al principio nos costó trabajo adaptarnos a esta nueva estrategia, ya que estábamos acostumbrados a jugar con el balón en la banda. A medida que pasábamos los días, nos dimos cuenta de que ésta era una estrategia muy efectiva para ganar partidos. Al final del entrenamiento, el entrenador nos felicitó por nuestra buena actuación y nos dijo que ésta era una estrategia que funcionaría bien en el fútbol profesional. Nos quedamos sorprendidos, ya que ésta era una estrategia que no habíamos pensado jamás. Al final del entrenamiento, el entrenador nos felicitó por nuestra buena actuación y nos dijo que ésta era una estrategia que funcionaría bien en el fútbol profesional. Nos quedamos sorprendidos, ya que ésta era una estrategia que no habíamos pensado jamás.

En la primera práctica terminé el partido sentado en la banca, mirando a mis compañeros correr tras el balón, decidido a discutir con Sebastián si se empeñaba en ponerme en un lugar tan exigente y no defendiendo, como sugirió desde el principio el entrenador.

—De ningún modo —Sebastián solía ser muy terco—. No puedes rendirte tan rápido. Recién es el primer entrenamiento.

—Simplemente no tengo físico, no puedo ser volante.

—Nunca digas «no puedo».

—Bueno... es que *no puedo* —insistí.

—Claro que puedes. La falta de físico no es problema. Yo sé cómo resolverlo.

Desde ese día, Sebastián empezó a pasar por mí todos los fines de semana, a las seis y media de la mañana, y me llevaba al río. Mis padres se sorprendían al verme salir tan temprano, pero pensaban que la vida de campo me hacía dormir menos y tener más energía.

O no pensaban nada y simplemente eran callados espectadores de mi vida.

En el campo nos dedicábamos a trepar cerros, saltar sobre piedras, colgarnos de los árboles, hacer piques. Estábamos ahí hasta la hora del almuerzo, y luego, en las tardes, si aún teníamos ganas de seguir entrenando, íbamos al gimnasio del colegio (que los fines de semana se convertía en gimnasio para adultos y me encontraba con varios padres y madres del colegio) para levantar pesas o usar algunas de las caminadoras.

Pasaron varias semanas antes de que sintiera que el método de Sebastián para mejorar mi físico daba resultados. Los entrenamientos en la cancha de fútbol se habían hecho más intensos porque debíamos jugar en un par de meses la Copa del Colegio contra los de cuarto y quinto de secundaria. Ahora nos quedábamos, como mínimo, dos veces por semana al final de las clases. Durante esas primeras semanas terminaba los partidos siempre en la banca, sintiéndome frustrado porque mi esfuerzo aún era inútil.

Sin embargo, el entusiasmo de Sebastián me obligaba a seguir adelante.

Por lo demás, no había nada más en qué pensar en ese lugar, así que prefería dedicarme a mis entrenamientos y mejorar mi condición física.

A mis padres no los veía casi nunca, mi casa resultaba aburrida, las tareas no eran muy exigentes. Por ello, mi amistad con Sebastián y los entrenamientos de fin de semana en el río, además de las prácticas, se volvieron, poco a poco, en el centro de mi vida. Y a medida que se acercaba la Copa del Colegio, además de mis propias ganas de calzar en el puesto de volante, tenía la motivación extra de ganar el torneo.

El primer partido de práctica que pude jugar completo fue memorable porque, además, anoté dos goles. Los celebré con un entusiasmo insólito en mí, más bien tímido en mis celebraciones cuando jugaba en mi colegio limeño. Corré alrededor de la cancha y me dejé perseguir por los demás que gritaban, sacándome la camiseta, como si estuviera en la final de una Copa del Mundo.

Luego, en las duchas, Sebastián me dijo que debíamos celebrar los goles y, además, que al fin hubiera

terminado todo un partido sin ser reemplazado. Fuimos a comer helados y él pagó todo con los vales que le daba su padre. Todo lo pagaba con esos vales, en realidad. Mi padre también los recibía pero se los daba todos a mi mamá para que fuese al mercado. A veces me caía uno que usaba en el quiosco del colegio. A mí me daba risa y curiosidad el sistema de pagar con vales. Me hacía sentir encerrado en un juego de Monopolio.

Ese día, en la mesa de la única heladería del pueblo, yo no hacía más que hablar de los goles, del partido, y contar una y otra vez las jugadas memorables. Sebastián también parecía feliz y añadía detalles que yo no había percibido, pero que estaba dispuesto a aceptar, como la cara de enojo del arquero del otro equipo o el asombro del entrenador cuando me vio anotar el segundo gol.

Cuando les conté mi hazaña a mis padres parecieron contentos por mí, pero pasaron pronto a otro tema. A mí no se me olvidó tan fácilmente. En la cama, sin poder dormir, me puse a pensar por primera vez en mi vida que tal vez sí, que por qué no, podría convertirme en un jugador profesional.

Dormí tarde. Fue una de las mejores noches de mi vida.

—Me han contado que eres la nueva estrella del equipo.

De pie, a mi lado, Graciela esperaba una respuesta. Tenía los ojos encendidos, más amarillos que nunca, y terminó la frase con una preciosa sonrisa.

Aunque de vez en cuando habíamos intercambiado un par de palabras en las fiestas de sus padres o en

el colegio, y siempre que nos veíamos nos saludábamos levantando ligeramente la cabeza, esta era la primera vez que se dirigía a mí en realidad. Al menos, así lo sentía yo.

—No tanto, solo tuve suerte. Metí dos goles.

Estaba en la sala de su casa. Había quedado con Sebastián en recoger unas tareas. Estaba muy descuidado en los estudios con todo esto del fútbol y me había perdido un par de clases. Sebastián me llevó a su casa, subió a su cuarto a buscar el cuaderno mientras yo esperaba abajo, y fue entonces que apareció Graciela.

—Yo creo que la suerte no tiene nada que ver. Sebas dice que has estado entrenando bastante con él en el campo. Eres algo así como su «proyecto de ciencias». Su conejillo de Indias. Algo así.

—¿Qué es eso de «proyecto de ciencias»? —reí nervioso—. Suena horrible.

—Es solo una broma. Sebas está de verdad orgulloso de ti. Dice que te esfuerzas mucho cuando van al río a ejercitarse. Oye, hay que tener bastantes ganas de mejorar para levantarse tan temprano todos los fines de semana. Yo no lo haría ni loca.

—Lo que pasa es que tú no necesitas entrenar tanto para cantar. Tienes un talento natural. Siempre sales en las veladas estudiantiles y todos te aplauden por horas. Y la vez pasada te escuché cantar, con tu mamá en el piano. Estuviste maravillosa.

Cuando terminé la parrafada, dicha casi sin alieno ni pausa, pude sentir cómo me ruborizaba. No sabía hablar con las chicas. Mucho menos con una chica tan hermosa como Graciela. Le había dicho que estuve «maravillosa» y ahora estaba avergonzado. Quería cambiar

de tema rápido. Quizá ella no se había dado cuenta del halago, después de todo. Para salir del momento tenso, dije lo primero que se me pasó por la cabeza:

—¿Y a ti te gusta el fútbol?

—Sí me gusta —dijo sonriendo— incluso a veces juego.

»Pero te puedo asegurar que no soy tan «maravillosa» jugando fútbol.

Me quedé callado, tragando saliva, mientras ella volvía a sonreír. Mi pulso se aceleraba mientras Graciela, obviamente, se estaba divirtiendo conmigo.

De pronto, se puso de pie y empezó a caminar hacia la cocina sin despedirse de mí. Intenté no mirarla de espaldas pero no pude evitarlo. Llevaba un vestido corto de tiritas que permitía ver el movimiento leve del delicado trapecio debajo de los hombros. Era una espalda esculpida, luminosa. La espalda de un hada.

Cuando Graciela desapareció, cerrando tras ella la puerta de la cocina, giré la cabeza y descubrí a Sebastián al pie de la escalera, con los cuadernos en la mano, observándome con los labios apretados y una mirada extraña.

Pero si le molestó atraparme mirando a su hermana, no dijó nada.

Un fin de semana, luego de trepar un cerro y bajar corriendo, Sebastián me dijo que debíamos cruzar el río. Quería llevarme a un lugar secreto. No me dijo más y me limité a seguirlo. Al fin, nos introdujimos por un trecho intrincado y luego en una cabaña de madera que parecía devastada.

Esa fue la primera vez que vi aquella cabaña que luego, por un tiempo, se volvería el centro de mi vida.

Entramos por una de las ventanas. Adentro, la luz se filtraba por las rendijas y olía a polvo y suciedad. El piso estaba lleno de papeles, donde reconocía la letra de Sebastián, y las paredes tenían pegadas con chinches imágenes de futbolistas, cantantes, escritores. También había una foto de sus padres y otra de Graciela con ropa de colegio. La única foto que no reconocía era la de un chico alto, con rostro delgado y labios gruesos, mirando distraído a la cámara. Debía tener 16 años. También llevaba el uniforme del colegio.

Le pregunté quién era.

—Es un amigo. Se llama Benjamín. El año pasado estaba en cuarto de secundaria en el colegio. Era un jugador genial, no sabes los golazos que metía de tiro libre. Gracias a él, la selección del colegio quedó segunda en un torneo interescolar en Lima. Y su equipo ganó la Copa del Colegio, claro. Benjamín fue quien me recomendó venir a entrenar al campo, él lo hacía siempre, y además me mostró esta cabaña abandonada. La usaba para pensar, para apartarse de todos, y ahora yo también lo hago. Me la heredó.

—Pero ahora Benjamín no está en el colegio, ¿no? No lo he visto.

—No, a fin del año pasado sus padres dejaron la mina. Ahora está estudiando su último año de colegio en Brasil. En Sao Paulo. A veces hablamos por teléfono. Y también nos escribimos cartas. Ya no quiere jugar fútbol, ahora está más interesado en las películas. Dice que ve una película al día. Me comenta películas de las que nunca he oído hablar. Quiere ser director de cine.

Le pregunté por los escritos que estaban dispersos por el suelo. Me dijo que eran poemas y cuentos que a veces escribía. Pero sobre todo, cosas que copiaba de los libros que traía para leer.

—Me encanta leer aquí —decía—. Nadie me interrumpe, es como si viviera en otra dimensión. Ahora estoy leyendo una novela llamada *Narciso y Goldmundo*. ¿Has oído hablar de ella?

Le confesé que nunca. No era un buen lector. Solo leía lo que mis profesores me pedían.

—Es de Herman Hesse —me informó.

La conversación sobre libros se quedó ahí. Sebastián cogió uno de sus papeles, verificó si el otro lado estaba en blanco y sacó un lápiz del bolsillo de su casaca.

—Se viene la Copa del Colegio y creo que contigo, por primera vez, tenemos posibilidades de ganar. ¿Te imaginas? Sería la primera vez que el equipo de tercero de secundaria ganara la copa. Haríamos historia.

—Qué va, es imposible ganarle a los de quinto. Son mucho más grandes que nosotros. Y además, el año pasado ganaron a todos.

—Claro que es posible ganarles. ¿Los has visto jugar alguna vez en serio?

—No —confesé—. Solo en los recreos.

—Bueno, son malísimos. Es decir, algunos de ellos sí saben jugar y son fuertes y saben meter la pierna. Y tienen a ese tipo, Hofman, que es un goleador nato. Pero en realidad, sin Benjamín no son nada. Les falta algo que es esencial en el fútbol.

—¿Y qué es eso?

—Orden táctico. Disciplina. Ellos creen que para ganar un campeonato basta perseguir una pelota,

llevarse a todos y patearla al arco. Pero eso no es suficiente. Ahora, el orden táctico es todo. Se llama «Fútbol Total». Así juega Holanda.

—Sí, pero Holanda quedó segunda en el 78 y en el 74. —Ya, pero aun así es el mejor equipo del mundo. Y nosotros podemos ser igual que ellos. Solo hay que seguir hacer estrategias, como en el ajedrez. Mi papá me enseñó a jugar ajedrez y me gana siempre. Pero después de ganarme, me explica cómo lo hizo. Cada vez usa una estrategia distinta, que estudia en unos libros. A mí no me interesa el ajedrez, pero creo que en el fútbol podemos hacer lo mismo, ¿o no? Aplicar estrategias, digo.

—Podemos intentarlo. Pero ¿ya tienes algunas estrategias pensadas?

Sonrió. De inmediato, bajó la cabeza y se puso a dibujar en la hoja en blanco unos diagramas. Lo hacía con seguridad, con rapidez, como si lo hubiera hecho mil veces antes. No me quedaron dudas: Sebastián había estado esperando ese momento desde que me dijo para venir a la cabaña. O quizás desde antes. Desde que me vio entrenar por primera vez. O incluso antes, desde que supo que era zurdo.

Como sea, el momento había llegado.

TRES

**D**esde el día en que Graciela habló conmigo en la sala de su casa, en el colegio nos saludábamos diferente. Ahora, al movimiento de cabeza se le agregaba una sonrisa de confianza o incluso un «cómo has estado hoy». Y, muchas veces, se acercaba a mi pupitre para preguntarme algo, lo que sea, sobre las clases. Esa era una actitud de confianza que nunca había hecho antes conmigo, ni con ningún otro chico. Se arrodillaba a mi lado o dejaba caer la olorosa cascada rubia y llena de rulos de su pelo sobre mi cuaderno, mientras me señalaba una ecuación que no le salía y me pedía que la ayudase a resolverla.

Aunque ella y Sebastián eran buenos hermanos y se adoraban, la verdad es que en el salón no conversaban nunca y casi ni se miraban. Ambos se sentaban en pupitres equidistantes, uno a la derecha y la otra a la izquierda. Yo me sentaba siempre adelante, solo o con el «El Ciego» Zimic, quien nunca copiaba las cosas de la pizarra, sino de mi cuaderno. Graciela se sentaba al lado de la ventana, a mitad de la fila, con María Fernanda, su

mejor amiga. Y Sebastián siempre solo y en la última fila, al lado de la puerta de escape.

Una tarde, los profesores llevaron a todo el salón a la sala de cine para ver una película llamada «El globo rojo». Como siempre, las mujeres fueron las primeras en entrar a la sala, chismeando, y luego ingresamos los hombres con gran barullo. Mientras cruzaba la puerta, conversando con Sebastián, vi la mano levantada de Graciela: me señalaba una butaca al lado de la suya. Me había guardado sitio.

Volteé a ver a Sebastián, pero él se hizo el distraído. ¿Qué podía hacer?

Un poco avergonzado (pero en realidad absolutamente feliz e incluso orgulloso) fui a ocupar el sitio al lado de Graciela. Casi no conversamos, las luces se apagaron de inmediato y empezó la proyección. No pude, eso sí, concentrarme en la película. La cercanía con Graciela me tenía perturbado. Poco a poco, el olor de su pelo me inundó completamente mientras el globo rojo volaba por los aires en la pantalla. Ella casi siempre se acercaba a María Fernanda, sentada al otro lado, le decía algo al oído sobre la película o lo que sea y se echaban a reír. Casi hacia la mitad del film, hizo lo mismo conmigo. Acercó sus labios a mi oído e hizo una broma sobre lo que estábamos viendo. No escuché lo que me dijo, pero asentí en la oscuridad y ella volvió a su lugar, aunque ahora sentía nuestros cuerpos más juntos. Su respiración subía y bajaba. Era una marea. Intenté ver de reojo su rostro. Parecía serena, concentrada en la película.

La que no podía evitar la sonrisa era María Fernanda.

Cuando acabó la película y se encendieron las luces, Graciela se colgó de mi brazo y salimos juntos hablando

de «El globo rojo», a la que habíamos bautizado sin mucha imaginación «El globo roto», y de las clases de mañana. Iba a haber un examen de Matemática y ella no había estudiado. ¿Podíamos estudiar juntos? Le dije que sí, por supuesto, y sugerí que podríamos hacer un grupo de estudio con Sebastián y quizá con María Fernanda. Le comenté que en mi colegio de Lima solíamos hacer obligatoriamente grupos de estudio. Que eran muy divertidos y además útiles.

Graciela no pareció muy convencida pero dijo: —¿Por qué no? —entonces se despidió de mí con un beso en la mejilla y agregó—: Te llamo luego para acordar la hora —y se fue seguida de María Fernanda y las otras chicas.

Busqué entonces a Sebastián pero había desaparecido.

Lo único con que me encontré fue con la intensa y despectiva mirada de «Las Serpientes». Seclén, Samanez y Sardón me siguieron hasta la salida del colegio. Caminaban pocos metros detrás de mí y hablaban en voz alta, en tono amenazante, diciendo groserías y estupideces, aunque no se dirigían a mí.

De pronto, los tres se unieron en una carcajada, demasiado histriónica para ser auténtica, una risa de chacales, y tomaron el camino contrario al mío.

Por la tarde, llamé a Sebastián. Demoró mucho en ponerse al teléfono. Cuando al fin contestó, le dije lo del grupo de estudio con su hermana y María Fernanda. Se quedó callado un momento. Luego, dijo que él prefería estudiar solo esta vez. No dio ninguna explicación. Hablamos un poco más de cualquier cosa y luego colgamos.

Media hora después me llamó Graciela. Me dijo que esa tarde iba a ir a mi casa para estudiar Matemática. No mencionó ni a Sebastián ni a María Fernanda.

—¿En Lima tenías enamorada?

Habíamos estado estudiando por horas. Me di cuenta de que, aunque había cosas que necesitaba afianzar, en realidad Graciela estaba bastante preparada para el examen. Me pidió una pausa, estiró sus brazos desperezándose y pude ver cubierto por el polo sus dos breves tetas puntiagudas, nacientes. Le quité la mirada de encima, perturbado. Bajó los brazos. Empezamos a conversar.

Ella estaba intrigada por mi vida en Lima. Me preguntó todo: qué hacía, a dónde iba, cuántos amigos tenía, cuáles eran mis lugares favoritos, en qué distrito quedaba mi casa. Ella había ido a Lima muchas veces pero nunca había vivido allá. La mayoría de veces, solo iba a Lima para tomar un avión rumbo a Miami, de compras con su mamá, o a Suiza, donde vivía su abuela. También había ido a Disneylandia, a Nueva York, a Argentina, a casi toda Europa, a la India. Yo estaba impresionado. Luego empezó a preguntarme qué música escuchaba. Le dije que *rock* en castellano, sobre todo. Y Los Beatles, David Bowie. Hizo un mohín y empezó a hablar de grupos británicos, *punks*, de los que yo jamás había escuchado hablar. A todos los calificaba como «genios» o «geniales».

—En tu lista de «genios» falta uno —me animé a decirle.

—¿Cuál puede ser?

—Las famosas «Cuatro Ratas» —le dije y me eché a reír.

—¡Eres un tonto! —contestó, dándome un golpe en el hombro—. No te burles, eso fue un juego. Éramos malísimas, pero me divertí mucho. No sé en qué estábamos pensando cuando animé a mis amigas a ir a ese concurso. Pero la verdad, te confieso que mientras estaba en el escenario me sentí como Patty Smith. Eso fue lo máximo.

—No sé quién es Patty Smith.

—¿Estás bromeando?

No estaba bromeando. Graciela me explicó quién era esa cantante *punk* y luego se puso a cantar un par de canciones de ella. Lo hacía con entusiasmo y con aquella voz ronca que me volvía loco. Realmente le fascinaba cantar y a mí, lo descubrí entonces, escucharla. Cuando terminó su pequeño concierto, yo estaba embobado por ella. Tenía ganas de besarla. Nunca había besado a nadie. Nunca me había enamorado de ninguna chica. Hasta ese momento, solo podía pensar en fútbol. Tenía muchas amigas en Lima, pero ninguna de ellas me parecía especialmente guapa o inteligente o talentosa. Graciela era todo eso.

Estaba perdido.

Fue entonces cuando me preguntó si en Lima había tenido alguna enamorada.

No supe qué contestarle. Quizá si le decía que «no» se iba a decepcionar de mí. En el salón tenía fama de ser el «limeño», el que estaba por encima de todo, el experimentado, el que ya había estudiado las materias que enseñaban, el que se aburría en el campo. Tener una enamorada encajaba en el perfil.

—No me quieres contestar —dijo Graciela de pronto, interrumpiendo mis pensamientos—. Está bien. Todos tenemos secretos. Además, eso te hace más interesante.

—¿Tú crees que soy «interesante»? —me animé a preguntarle.

—Obvio. Eres el chico más interesante del salón. Del colegio incluso. El único interesante, en realidad.

Después de decir eso, mantuvo su mirada amarilla sobre mis ojos. Sentí que mis labios temblaban. Ella no apartó los ojos por unos segundos. Una eternidad. Al fin, bajó la mirada, la escondió tras sus rulos y la sonrisa súbitamente tímida, y dijo:

—A mis padres les caes muy bien. Y Sebas, ni te digo, te adora.

Contesté que yo también quería mucho a Sebastián y que sus padres me parecían personas estupendas. Luego le pregunté si quería seguir estudiando.

—Por hoy está bien. Creo que hemos avanzado bastante —dijo, con una sonrisa enigmática, mientras se ponía de pie y guardaba las cosas en su mochila.

Faltaba un par de entrenamientos para empezar la Copa del Colegio. El viernes de esa semana fui, como siempre, en mi bicicleta hasta el campo de fútbol. Llovía ligeramente, pero despejó. Estaba excitado porque íbamos a probarnos el traje de la selección de tercero. En el sorteo nos tocó el color azul, éramos el equipo Azul. Cuando me entregaron la bolsa, la abrí como cuando era un niño y abría los regalos de Navidad: la camiseta era del mismo azul cobalto del Boca Juniors y

el número en la espalda era color amarillo. Estaba seguro de que la combinación de colores la había decidido Sebastián para agradarme, como un guiño a mi fanatizada por el Boca Juniors. Yo había intentado que él se convierta al Boca, aunque sin mucho éxito. Pero algo de mi entusiasmo se le debió haber contagiado para escoger esos colores.

Nos pusimos las camisetas y salimos al campo como profesionales. Casi podía sentir cómo, desde las vacías graderías, nos aplaudían espejismos de espectadores y arrojaban serpentinas y papel picado como en la Bombonera. Habíamos conformado dos equipos, como siempre: el titular contra el equipo suplente, al que habíamos complementado con algunos amigos que no estaban en el colegio y jugaban bastante bien.

Yo estaba en el equipo titular, ahora sí indiscutiblemente.

Pero las camisetas no fueron la única novedad que íbamos a estrenar ese día. También íbamos a practicar, Sebastián y yo, las dos estrategias que se le habían ocurrido y que me explicó en la cabaña. La primera la llamaba «Torre Eiffel» y se trataba de correr paralelamente y, poco a poco, ir cerrándonos hacia el área contraria, y una vez juntos dar pases cortos hasta que, con los dos en la punta, pudiéramos desconcertar al rival. La segunda la llamó «Buscapié» y consistía en que él aprovechase su potencia para ir apilando rivales pegado a la línea, mientras yo lo acompañaba ligeramente retrasado en mi zona. Luego, Sebastián sacaba un cambio de frente pasado hacia mi pie zurdo que, en primera, debía dar un pase rasante hacia el área chica rival en una pelota arrastrada para que «El Ciego» Zimic,

«Mateíto» Martínez, el mismo Sebastián llegando desde atrás o cualquiera de los muchachos metiese el pie, impulsase ligeramente la bola y metiese gol.

Todo estaba planeado. Incluso las señales. Si Sebastián levantaba un dedo con la mano izquierda, intentábamos la «Torre Eiffel». Si levantaba el dedo de la derecha, el «Buscapié».

También había otro código, que lo inventé yo. Cuando gritaba «Trinidad y Tobago» significaba que había que jugar más lento, tener la bola más en los pies, no dar pases ni entregarla, para desconcertar al rival. Era una forma de hacer tiempo, de ponerlos nerviosos. A Sebastián le pareció divertidísimo.

En aquel entrenamiento, antes de los diez minutos, el «Buscapié» ya había conseguido hacer temblar a la defensa contraria. Y a los veinte minutos, la estrategia ya había conseguido convertirse en gol gracias a «Mateíto» Martínez. A partir de ahí, el dominio fue absolutamente nuestro. Un gol de Sebastián desde fuera del área en contragolpe y un gol más, algo confuso y de rebote, de Zimic, nos condujeron a ir al entretiempo ganando tres a cero.

Era obvio que la compenetración entre Sebastián y yo había dejado boquiabiertos a todos, incluyendo al entrenador. Las felicitaciones no paraban mientras nos refrescábamos en los baños.

—Se nota que han estado entrenando juntos —nos decían.

En el segundo tiempo, grité «Trinidad y Tobago». Todo estaba saliendo perfecto, no teníamos por qué arrasar al rival en un partido de práctica. Pero Sebastián estaba lleno de ambición y volvió a levantarme el dedo

derecho y no me quedó más que trotar rumbo al centro. Entonces, sin bola, cuando estaba más concentrado en la carrera de Sebastián antes que en mi trayectoria, sentí una tremenda patada cerca de la ingle. Lancé un grito y caí sobre el césped con los ojos apretados. Quizá perdí el conocimiento unos segundos. Me costó descubrir lo que había ocurrido. Sentí que todos corrían hacia mí, que había algunos empujones, que el entrenador pedía calma y, al mismo tiempo, le gritaba energicamente a Samanez. Con la cabeza hundida en el césped, aún con dolor mientras alguien demoraba en traer el spray anti-inflamatorio, pude reconstruir la escena.

Mientras que Seclén jugaba para el equipo titular como defensa central, las otras dos «Serpientes», Samanez y Sardón, jugaban para el equipo suplente. Durante el primer tiempo, sentí que Samanez me perseguía para marcarme pero sin éxito. En el segundo tiempo, decidido, fue directamente a lastimarme sin balón.

Trató de defenderse diciendo que no me había visto, que llegó tarde a la bola, que fue un choque, pero nadie le creyó. Su mirada cínica, junto con la risita de complicidad de Sardón y Seclén, hacía más difícil aceptar su versión. Tuvieron que sacarme cargado a un lado del campo y la práctica se suspendió. El dolor no pasaba, así que el entrenador me llevó en su auto a la clínica de la mina donde me pusieron una inyección que me hizo sentir ardor y luego sueño.

Desperté en mi cama con un vendaje en la pierna y un ligero dolor que iba aumentando. Mi madre descubrió que me había despertado y me trajo algo de beber.

Me explicó que debía estar vendado quizá dos semanas. Era posible que me perdiése la Copa del Colegio. Ni siquiera iba a asistir a clases el resto de la semana. Le contesté que de ninguna manera iba a perderme el campeonato, pero ella replicó que eso solo lo iba a decidir el doctor. Me preguntó si tenía hambre. Negué con la cabeza y me volteé hacia la pared.

—Tu amigo Sebastián acaba de llamar y ha preguntado cómo te sientes —dijo—. Mañana vendrá con las tareas después de las clases.

Y entonces se deslizó fuera de mi cuarto, apagó la luz y cerró la puerta.

Apreté los párpados tan fuerte como pude. Y los mantuve así, apretados, hasta que se hizo el día siguiente.

«No», pensé, «no, no, no. No quiero despertar.»

La rutina de enfermo era aburrida: dormía hasta tarde, tomaba desayuno en la cama, tomaba una pastilla, bajaba a ver televisión en la sala, al mediodía almorcaba sin mucho ánimo, tomaba otra pastilla. Me quedaba escuchando música en mi habitación, escribiendo cartas a mis amigos, revisando una enciclopedia de fútbol o algunos cómics antiguos o tomando una siesta larga, o solo mirando por la ventana y dibujando, hasta que a las cuatro de la tarde llegaba el primer visitante.

Dormía después de cenar y tomar una tercera pastilla, a las diez de la noche. Y así sucesivamente.

En el segundo tiempo, grise el tristeza. El tristeza  
Volví a la sala y dos horas más tarde  
que se iban las personas que no  
querían venir a verme, ya no  
quería ir a la sala.

En la mañana siguiente, cuando se volvieron a avisar la visita de mi amigo, se oyó un ruido en el vestíbulo. Al principio creí que era el sonido de la llave en la cerradura de la puerta.

#### CUATRO

Al principio creí que era el sonido de la llave en la cerradura de la puerta. Al principio creí que era el sonido de la llave en la cerradura de la puerta. Al principio creí que era el sonido de la llave en la cerradura de la puerta. Al principio creí que era el sonido de la llave en la cerradura de la puerta.

Tal como me lo había advertido mi madre, Sebastián fue a verme al día siguiente. Fue solo el primero de un desfile que tuve durante esos días.

La rutina de enfermo era aburrida: dormía hasta tarde, tomaba desayuno en la cama, tomaba una pastilla, bajaba a ver televisión en la sala, al mediodía almorcaba sin mucho ánimo, tomaba otra pastilla. Me quedaba escuchando música en mi habitación, escribiendo cartas a mis amigos, revisando una enciclopedia de fútbol o algunos cómics antiguos o tomando una siesta larga, o solo mirando por la ventana y dibujando, hasta que a las cuatro de la tarde llegaba el primer visitante. Dormía después de cenar y tomar una tercera pastilla, a las diez de la noche. Y así sucesivamente.

No lo soportaba más.

Cuando Sebastián me visitó por primera vez, estaba asustado. En el colegio le habían dicho que estaba paralítico, que no volvería más durante el año. Llevó los cuadernos de tareas y apenas si hablamos de eso. Me contó algunos chismes del salón, ninguno de importancia,

salvo que todos se habían rebelado contra Samanez y las otras dos «Serpientes». Nadie quería hablarles y él había decidido sacar del equipo, por lo menos, a Samanez. Luego comentó que había estado viendo el entrenamiento del equipo de cuarto y le parecía un equipo fácil de ganar. Apenas dijo eso se mordió los labios.

—Esto no debería haber pasado —dijo—. ¿Estás seguro de que es tan grave? Te pondrás bien y jugarás.

—No sé, la verdad es que no he hablado con el doctor. Puede ser un desgarro.

—Pero ¿te duele?

—No me duele mucho, la verdad. Ni siquiera cuando camino.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Seguro que sí podrás jugar.

Nos quedamos conversando sobre nuestros temas habituales. Fútbol, cómics, televisión. De viajes. De amigos. Y sobre todo de lo que llamábamos «filosofía de vida» y que, en realidad, por adolescentes que fuéramos, ya eran asuntos delicados. Teníamos más preguntas que respuestas y casi siempre estábamos de acuerdo. La vida nunca era bonita. Los momentos tristes siempre eran más importantes que los felices. La felicidad duraba solo un segundo y la tristeza, demasiado. Las cosas felices que nos ocurrían eran muy simples y parecidas; las cosas tristes, en cambio, eran siempre distintas y complicadas.

Desde el día en que me habló por primera vez de Benjamín, nunca más dejó de estar presente en nuestras conversaciones. Las anécdotas que compartió con él me las contaba una y otra vez. Si le decía que esa historia ya

me la sabía, se encogía de hombros y continuaba contándola.

Había conocido a Benjamín jugando fútbol.

Era raro que un chico de cuarto hablase con uno de segundo, me explicó, pero Benjamín le había hablado de manera natural. Solía ser así con todo el mundo. Empezaron a encontrarse siempre en las tardes para practicar tiros al arco, alternándose el ser arqueros. Y luego, los fines de semana, iban al río. Cuando caía la tarde, Benjamín le decía que quería quedarse un rato solo y se iba hacia la cabaña, mientras Sebastián regresaba solo a su casa.

—Un día, Benjamín se peleó con su familia y se fue a esconder en la cabaña. Estuvo ahí toda la noche. Llevó una frazada, un par de sánguches, un libro y un lámparín a gas. Sus padres lo buscaron por todos lados. Incluso en mi casa. Al día siguiente, Benjamín apareció en su casa como si nada. Su padre le dio una bofetada delante de todos. Durante esa semana no pude verlo. Cuando al fin se le levantó el castigo y volvió a entrenar, me dijo que en esa cabaña durante la noche pasaban cosas raras. Que al principio le daba miedo, pero luego entendió que lo que ocurría ahí era extraordinario.

—¿Qué ocurría ahí? —pregunté intrigado.

—Nunca lo supe, no me lo contó. Y la noche que pasé ahí no pude ver nada especial.

—¿Qué dices? ¿Pasaste una noche solo ahí? ¿Cómo?

—Solo, no. Con Benjamín. Les dije a mis padres que me iba a dormir a casa de Benjamín, y Benjamín mintió diciendo que se iba a la mía. No nos descubrieron. Yo quería saber qué ocurría en esa cabaña.

—¿Y?

—Nada. Descubrí muchas cosas misteriosas, pero tu cuarto no es el mejor lugar para contártelo. Teníamos que ir a la cabaña. Cuando estés bien tenemos que ir.

—Pero yo de ninguna manera pasaría la noche en ese sitio. Debe estar lleno de arañas. Y debe hacer un frío de los mil demonios.

—No importa. Tampoco creo que vuelva a pasar la noche ahí. ¿Sabes que un día llegué y me encontré con un tipo dormido? Estaba cubierto con mi manta y roncaba. Cuando me iba me descubrió y me cogió de un brazo.

—¡No bromees!

—No, no es broma. Me advirtió que no debía decirle a nadie que se había quedado a dormir ahí ni que lo había visto. Que se estaba escapando. Estaba sucio; tenía cara de loco, pero no estaba loco.

—Pues ahora menos voy a esa cabaña a dormir.

—Tuve que llevarle a ese hombre agua, comida y un poco de dinero, porque amenazó con quemarla si no lo hacía. Regresé a mi casa, recogí todo lo que me había pedido y se lo llevé. Al día siguiente, ya se había ido y la cabaña estaba intacta. Incluso creo que la había limpiado.

Antes de irse, Sebastián me dejó una colección de cómics, las tareas de clase y su libro *Narciso y Goldmundo*. Le repetí que no era bueno leyendo, pero él insistió en que me quede con el libro y lo leyese, aunque me demore cien años. Pero tenía que devolvérselo, eso sí, porque era un regalo que le hicieron.

Abrí la primera página.

Estaba escrito el nombre de Benjamín.

Las visitas de Sebastián se repitieron todos los días sin excepción.

Yo estaba demasiado aburrido en mi casa y contaba las horas para que él llegase. Las visitas de los otros alumnos no me entusiasmaban tanto. Un par de veces vino «El Ciego» Zimic. Los demás fueron desfilando uno por uno. Mi mamá siempre preparaba *muffins* y leche con chocolate para mis visitas.

A ella le encantaba cocinar y era una excelente anfitriona, así que esos días fueron su realización. Finalmente empezaba a sentirse útil, a existir. Mi padre, en cambio, apenas si subía al cuarto. Lo escuchaba preguntar por mí desde la sala y luego pasar a otro tema, o encender la televisión.

Un día, vino una delegación de cuatro chicos del salón, ninguno de ellos realmente amigos míos. Estuvieron una hora; vieron mis juguetes y mis revistas, comieron lo que les llevó mi madre. Antes de irse, uno de ellos, un tipo llamado Medina, me dejó una carta doblada en cuatro.

—Ábrela cuando estés solo —me dijo. La abrí apenas se fueron. Tenía solo una palabra: «SÓBATE». Y luego la firma del Club de las Serpientes.

No fue esa la única carta que recibí. Sebastián me entregó una de Graciela.

Me preguntaba qué tal estaba, si me había recuperado o no. Afirmaba que quería visitarme pero que estaba preparando algo especial para mí, no quería llegar con las manos vacías. «Quizá el fin de semana lo tengo listo» concluía. Al final, terminaba la carta con «un beso».

La leí dos veces en menos de un minuto.

—Cuando doblé la carta no pude ocultar mi felicidad.

Me había olvidado de que su hermano estaba delante de mí y había visto mi cara mientras leía esa carta preciosa.

Levanté la vista hacia él, pero no tuve que dar explicaciones. Se puso a hablar de inmediato de cualquier cosa. Pronto, estábamos conversando como siempre.

Sin embargo, yo no podía dejar de pensar en la carta de Graciela.

A veces, me parecía que tampoco Sebastián podía olvidarse.

Cuando la conversación habitual languideció, decidí mostrarle el mensaje de «Las Serpientes». Abrió el papel doblado y lo leyó. Un gesto de indignación le curvó los labios.

Arrugó el papel y lo mandó al tacho de basura.

—Es mejor botarla. Ni siquiera vale la pena mostrársela al entrenador o a la tutora —se justificó—. No harían nada en contra de ellos y quedarías como un soplón.

—No pensaba hacerlo. Pero tampoco quiero botarla. Será un *souvenir*. Un día podría usarla para algo. Por ejemplo, para mandársela a Samanez cuando yo sea un futbolista profesional y me contrate el Boca Juniors.

Sebastián no se rio de la broma. Más bien me miró con seriedad y dijo:

—Te voy a decir algo, pero tienes que estar callado. No se lo puedes decir a nadie.

—Soy todo oídos.

—Mi papá va a despedir al papá de Samanez.

—¿Qué? ¿Por mi culpa?

—No seas tonto. Ni tú ni yo tenemos nada que ver. Simplemente, parece que el papá de Samanez es más inútil que su hijo. Cuando le conté lo que pasó en la cancha de fútbol, mi papá me confesó que esa familia pronto se iría de la mina.

—¿Y eso por qué te preocupa?

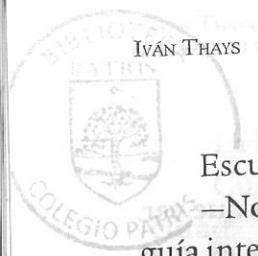
—Porque seguro todo el mundo va a pensar que es mi culpa, que yo he insistido en que saquen a Samanez del colegio, cosas así. Yo quería sacarlo del equipo, por eso discutí con el entrenador frente a todos mientras te llevaban al hospital. Pero que lo saquen del colegio porque despidieron a su papá es demasiado vergonzoso, no se lo deseo a nadie.

Cuando Sebastián se fue, me dejó sus preocupaciones. Ese día demoré en dormir más de la cuenta. Puedo decir que incluso sentía lástima por Samanez. Y al mismo tiempo, lo confieso, un cierto sabor a venganza que duró poco; de inmediato me sentí profundamente arrepentido.

El regalo de Graciela era un casete con sus canciones favoritas que ella misma había elegido y grabado.

Me lo entregó el sábado.

—Grabé varias canciones de Patty Smith que me encantan para que la conozcas —me explicó. También había una versión de «Gloomy Sunday» de Billie Holiday, la canción que me había gustado tanto cuando ella la cantó. Pero lo más importante es que, al final, la última canción, acompañada solo por una guitarra, era una composición propia.



Escuchamos esa canción juntos un par de veces.

—No estoy satisfecha con la grabación, pero si se guía intentándolo no te iba a venir a visitar nunca —dijo.

—Está excelente, me encanta. Gracias.

—¿De verdad te encanta?

—Por supuesto. ¿Cómo no me iba a gustar?

Graciela se levantó y empezó a caminar por mi cuarto. Abrió mi ropero y husmeó mi ropa. Luego se dirigió a mis pocos libros. Estaba siendo espiado, pero me gustaba mirarla dar vueltas por mi cuarto, los dos en silencio. Al fin se sentó en mi cama, cerca de mí. Se acercó a mi rostro y, de improviso, me dio un pequeño beso en los labios.

Fue el primer beso de mi vida.

—¿Vas a escuchar mi canción? —preguntó en voz baja.

—Sí —contesté.

—¿Y vas a pensar en mí mientras la escuchas?

Le respondí otra vez que sí.

—Entonces todo está bien —declaró.

Dio media vuelta y salió del cuarto.

**CINCO**

Durante el resto de mi convalecencia se alternaron las visitas de Graciela y Sebastián. Los demás chicos del salón nunca más regresaron. Y los dos hermanos jamás vinieron juntos; además, uno nunca me hablaba del otro.

Con Sebastián nos pasábamos las horas conversando de fútbol y de lo que había ocurrido durante el día en el colegio. Con Graciela nos la pasábamos tendidos en la cama, uno al lado del otro, cogidos de la mano, escuchando el casete que me había grabado.

A veces, ella cantaba en voz baja las canciones.

A veces, nos besábamos.

El médico declaró que mi pierna estaba lista para regresar al colegio, pero no para jugar fútbol. Era un hecho que iba a perderme el campeonato. La rabia y frustración que sentía hizo que me portara mal con mis padres. No quería comer, era grosero, me saltaba las pastillas, me encerraba en mi cuarto con la música a todo volumen, sin ninguna consideración.

Una vez, mi madre me trajo un té frío pensando que yo tendría sed y, de un golpe, se lo quité de la mano y arrojé la taza contra la pared. Mi madre no tuvo ánimo para castigarme, se fue llorando. Cuando mi padre regresó, subió hasta donde estaba yo, me dio un sermón con una expresión dura que nunca había visto.

Dijo que los había decepcionado.

Cerró la puerta de la habitación.

«Los odio», pensé. «Los odio».

Y me puse a llorar hasta quedarme dormido.

Cuando al fin regresé al colegio, mis profesores me recibieron como a un héroe. Uno de ellos incluso pidió al salón un aplauso por mi «fantástica» recuperación. El aplauso no fue estruendoso ni tampoco frío.

Algunos de mis amigos estaban contentos de verme.

Las amigas de Graciela, por su parte, le daban empujoncitos mientras ella reía con el pelo sobre los ojos y decía «no me molesten» sin mucha convicción.

En el recreo exageré un poco mi cojera mientras iba hasta el patio.

Sebastián estaba jugando fútbol con los del salón. Como siempre, se mezclaban varias pelotas desinfladas de cuatro equipos de distintos años. Nadie sabía a qué arco patear, qué bola era la suya. Era un caos divertido cuando uno jugaba y terminaba pateando cualquier pelota que pasase cerca de los pies; pero no era muy agradable participar como espectador. Así que caminé hasta la cafetería para comprarme algo.

Ahí me encontré con Graciela y sus amigas. Me llamaron y me uní al grupo. Me compré una Coca-Cola

y Graciela me preguntó si le invitaba. Sin esperar mi respuesta, cogió la botella y se la llevó a los labios.

De inmediato, todas sus amigas empezaron a molestarnos.

Incluso unas chicas de quinto de secundaria se dieron cuenta del barullo y sonrieron con picardía.

—¿Son enamorados? —nos preguntó Sadie, una rubia altísima que había nacido en Inglaterra y que siempre era elegida como Reina de la Primavera.

Graciela y yo no contestamos. Me devolvió la Coca-Cola y me la llevé yo a los labios. Lo hice porque tenía sed. Pero eso dio paso a una nueva bulla, esta vez acompañada por las chicas de quinto.

—Hacen una linda pareja —concluyó Sadie antes de voltearse y dedicarse a sus asuntos.

Cuando tocó el timbre de regreso del colegio, casi todo el salón se había enterado de que Graciela y yo éramos «pareja». Éramos la noticia del día. Algunos nos miraban con curiosidad, otros sonreían con envidia e incluso desolación. Tres o cuatro alumnos se me acercaron para preguntarme si era cierto. Yo levantaba los hombros. Las chicas, en cambio, hacían rueda en torno a Graciela y le pedían todos los detalles.

Sin embargo, el día iba a terminar con una vergüenza mayor.

El profesor de Matemática me pidió que resuelva una ecuación. No pude hacerlo. Era extraño en mí, que siempre había sido el mejor alumno en las clases de Ciencias.

—Ajá —dijo el profesor—. Ya veo que alguien ha estado vagando durante su descanso médico en vez de estudiar. ¿O será que está enamorado?

El criterio que se desató en el salón fue enorme. No fue fácil para el profesor callarlos. Incluso hubo aplausos y abucheos. La sangre se elevó hasta mi cabeza y me puse rojo. Sentía que me iban a explotar las sienes.

No me atreví a voltear para ver a Graciela. Luego de unos minutos, cuando al fin el profesor pudo detener el jolgorio y reiniciar su clase, sentí un codazo en la nuca. Me dolió bastante. Volteé a ver quién me había golpeado y vi a Seclén que caminaba rumbo al tacho de basura con papeles arrugados.

Me devolvió la mirada desafiante.

Por supuesto, el golpe no había sido una casualidad.

Cuando acabaron las clases y me junté con Sebastián, pensé que me preguntaría si era cierto que su hermana y yo estábamos de enamorados. No hubiera sabido qué contestarle. Durante todos esos días en cama había dado por supuesto que Sebastián sabía lo que ocurría entre Graciela y yo. Finalmente, eran mellizos, eran buenos hermanos y vivían en la misma casa. Además, nunca coincidieron los dos en mi cuarto, lo que me hacía prever que acordaban horarios para no cruzarse. Sin embargo, cuando empecé a caminar, como siempre, al lado de Sebastián, noté que él me lanzaba de vez en cuando miradas de sorpresa.

Supe que, en realidad, no tenía idea de las visitas de Graciela o, en todo caso, que nos habíamos cogido las manos escuchando música y besado. Sebastián no me dijo nada. Solo caminó un trecho a mi lado y al ver mi cojera dijo:

—La próxima semana empieza la Copa del Colegio. No creo que puedas jugar.

—El médico dijo que quizás —le mentí para que no me descartara—. No es seguro.

—Yo creo que no puedes. Estás cojeando mucho. Es una lástima, después de todo lo que hemos practicado.

—¿Aun así crees que podamos ganar la Copa a los de cuarto y quinto?

—¡Obvio que sí! Tampoco creas que eres tan importante.

Apenas dijo eso, se adelantó sin esperarme. Caminaba muy rápido. Jamás había sido tan grosero con nadie, y menos conmigo. Me sorprendió. Cuando intenté reaccionar, solo pude ver su espalda volteando por una esquina y luego no lo vi más.

Por la noche, Graciela me llamó por teléfono. A pesar de que estaba castigado luego de mi exabrupto, mi madre me permitió contestar la llamada. Lo primero que me dijo es que había sentido una vergüenza enorme en el colegio.

—¡Qué vergüenza! —dijo—. Realmente qué vergüenza nos han hecho pasar, ¿no? Pero por otra parte siento alivio.

—¿Alivio? ¿Y eso por qué?

—Porque así vamos a poder estar juntos en los recreos, en las salidas de clases, no sé, estudiar juntos, ir a las fiestas y bailar entre nosotros solos. Eso es lo bonito de tener enamorado.

—No lo había pensado así.

—Sí. Además, hay varias chicas en el salón que se mueren por ti. Ahora ya saben que deben mantenerse a raya.

Graciela empezó a reír y yo también, aunque no estaba de muy buen humor, sino más bien preocupado por Sebastián.

—Tengo que hacerte una pregunta —le dije.

—La que sea.

—¿Sebastián sabe algo de nosotros?

—Bueno, supongo que se ha enterado hoy día junto con los demás.

—Pero ¿no le habías dicho nada antes? Yo pensé que se contaban todo.

—¿Estás loco? Jamás hablaría con Sebas de estas cosas. Hay cosas de las que una chica no habla con sus hermanos. Me muero antes de decirle algo.

—¿Y qué crees que esté pensando? Es decir, yo soy su mejor amigo y tú eres su hermana. Le debe parecer raro.

—Sebastián es raro desde que nació. La verdad, no sé cómo lo aguantas tanto. Tú eres maravilloso y él, si no está hablando de fútbol, está hablando de cosas raras.

Me quedé pensando en esa frase. Quería preguntarle de qué cosas «raras» hablaba Sebastián, pero no me atreví. No estaba seguro de querer saberlo. Era mi mejor amigo. Nunca había tenido un mejor amigo. El silencio se hizo demasiado largo y Graciela, preocupada, me preguntó en qué pensaba. Dije lo primero que se me vino a la mente:

—Es necesario que sepas que voy a ser futbolista —contesté con una inesperada seriedad—. Futbolista profesional.

—¿Y eso qué quiere decir? —replicó ella sorprendida.

—Nada, solo que la vida de un futbolista es demasiado exigente. Y si me llaman de un club extranjero, tendría que irme a vivir fuera.

—Podríamos ir juntos. No me importa. Además, me encanta el fútbol.

No esperaba esa respuesta. Ni siquiera sabía bien de qué estaba hablando yo. Pronto me sentí tonto y cambié de tema.

—¿Y tú? ¿Tú qué quieras ser de grande?

—Ahora no sé. Antes quería ser veterinaria. Quizá sea eso.

—¿Y no quieras ser cantante como Patty Smith?

—No, cantante, no. De ningún modo. Esas son tonterías de cuando una es chiquilla. Es bonito cantar y componer canciones, pero no me gustaría dedicarme a eso jamás. Es una vida muy sacrificada.

—No lo entiendo. Tienes una voz tan linda, compones canciones estupendas y además siempre estás cantando.

—Qué bueno que te guste que cante —dijo bajando la voz—. Te prometo que, pase lo que pase, yo siempre cantaré para ti, ¿está bien?

El fixture de la Copa del Colegio indicaba que el ganador del campeonato recibiría la Copa el Día del Colegio, en la ceremonia principal en el patio, delante de todos los alumnos y los padres de familia. Eso ocurriría un sábado, y como acto siguiente habría una kermés. Como la Copa la recibía el vencedor de un triangular entre los equipos de tercero, cuarto y quinto de secundaria, se había dispuesto de tres sábados antes del principal para los partidos. Cada sábado se enfrentaban dos equipos y uno descansaba. El primer sábado, jugaba el equipo Rojo (cuarto de secundaria)

contra el equipo Blanco (quinto de secundaria). El siguiente sábado, jugaba el equipo Azul (nosotros, los de tercero) contra el equipo Rojo. Y el último sábado, el equipo Blanco se enfrentaba al equipo Azul.

Normalmente, los equipos de quinto siempre solían alzar la Copa, que se quedaba en una vitrina en la biblioteca con el nombre de los alumnos grabados y una foto del equipo ganador, mientras ellos se llevaban un diploma y una medalla de recuerdo. El año pasado, sin embargo, la Copa la había conseguido el equipo de cuarto de secundaria. Deduje que ese triunfo se debía a Benjamín. Su nombre y apellido estaban en la Copa, con el título de «capitán» entre paréntesis. También una foto suya con el resto del equipo. Todos estaban sonriendo y tonteando.

Solo a Benjamín se le veía tan sosegado que parecía triste.

**E**l fixture nos favoreció. Los de cuarto y quinto iban a enfrentarse primero y eso era, para ellos, una «final adelantada». De algún modo, ambos estaban convencidos de que iban a ganarnos, por lo que el primer partido iba a ser a muerte porque definía al campeón. Los del equipo Blanco, como ganadores del año anterior, se conocían y jugaban casi de memoria. Aunque les faltaba Benjamín, el mejor del equipo, y aún no se sabía cuánto iba a afectarles esa ausencia. Los del equipo Rojo, en cambio, eran muchachos talentosos pero desordenados, casi no tenían capacidad de disputarles el título. Pero como dicen, en el fútbol nada está dicho hasta que se termina el partido.

Nosotros estábamos confiados en ganarles a los dos equipos. Nos convenía que jugasen ellos el primer partido, se gastasen, diesen todo de sí en esa supuesta «final», y cuando les tocara jugar con nosotros nos subestimasen, dieran esos puntos por ganados y así sorprenderlos al jugar de manera extraordinaria.

Desde luego, se me incluyó en el equipo aunque mis posibilidades de jugar eran muy pocas. El doctor me dijo que en dos semanas quizás estaría recuperado y podría jugar unos minutos. Unos minutos a manera de «compensación», aclaró, unos pocos minutos que no valían nada para mí.

Ese primer sábado llegué un poco tarde, cuando las tribunas estaban llenas y los equipos ya estaban en la cancha.

Miré las gradas y, por un lado, entre los chicos del equipo, vi a Sebastián muy concentrado en los alumnos y sus posiciones. Por el otro extremo, entre sus amigas, estaba Graciela. No se me había ocurrido que tendría que enfrentarme a un dilema así. ¿Junto a cuál de los dos iba a sentarme? Estaba tratando de tomar una decisión cuando Graciela me vio, alzó la mano y se hizo a un costado.

Fui hacia ella.

Me senté, le di un beso en la mejilla y quedamos muy juntos. Yo estaba bastante incómodo, no solo por el espacio, sino por no sentarme con los demás del equipo. Pero, por otra parte, me gustaba estar al lado de Graciela. Me gustaba su olor y la forma en que su pelo rozaba mi rostro de vez en cuando.

Volteé hacia los muchachos del equipo. Pude captar la mirada de Sebastián tratando de escapar de mi mirada. En ese momento, Graciela me cogió la mano y no me la soltó durante todo el partido. Sus amigas trataban de tomar ese gesto con confianza, como si fueran chicas mayores, acostumbradas a los novios; pero en realidad estaban muertas de curiosidad y de risa. Y también muy ilusionadas. Ahora comprendo que

estaban viviendo su propia historia de amor a través de nosotros.

El partido entre los de cuarto y quinto fue malo. Malísimo. Los de quinto intentaron jugar como ellos sabían, con paredes, tocando, buscando quedar hombre a hombre con el arquero, pero los de cuarto les propusieron un juego distinto. Empezaron rápido con el juego brusco, no dejaban pasar a nadie sin que se lleve una patada, un golpe, un empujón.

Los blancos aceptaron la provocación de los rojos y empezaron también a patear y pegar codazos. Se olvidaron de sus paredes y buscaban devolver los golpes al rival. El partido se volvió tenso, brusco y aburrido. El árbitro se dedicó a llamar la atención y sacar tarjetas amarillas, sin atreverse a sacar una roja, mientras los dos equipos seguían golpeándose en la cancha y luego, a espaldas del árbitro, haciendo un gesto que indicaba que esperaban verse a la salida para arreglarse a puñetes.

Llegaron poco al arco ambos equipos aunque, increíblemente, la opción más cercana la tuvieron los rojos de un contragolpe. Pero su delantero —un sujeto grande, de aspecto feroz— pateó muy mal la bola y la sacó fuera; era mejor pateando al rival.

Terminaron empatados cero a cero. El resultado, obvio, nos convenía mucho. Y ellos pensaban que les convenía a ellos. A pesar del desfile de golpes y moretones, no se habían hecho daño en el marcador. Ahora el campeonato dependía de cuántos goles nos hacían a nosotros. Pensaban que el ganador iba a salir por diferencia de goles.

Sentí que estaban aliviados con esa idea. Se fueron incluso alegres. Sebastián también se veía satisfecho. Lo vi hablando con el árbitro, luego con unos amigos, y después desapareció.

Volví a mi casa ese sábado con la angustiante sensación de haber perdido un amigo. Me sentía mal, no quería hablar con nadie. Ni siquiera tenía hambre.

Me eché en la cama a dormir, pero no pude.

Mis pensamientos iban hacia Sebastián, hacia nuestro entrenamiento en el monte, a la cabaña, a nosotros dos corriendo en el campo de fútbol. Y luego se detuvieron en Benjamín. Sebastián quería ser amigo mío, como Benjamín lo fue suyo. Quería ser trascendente en mi vida. Y lo había sido, ciertamente, quizá eso era algo que él se negaba a ver. Pero no podía dejar de compartirlo con su hermana. También Graciela era trascendente en mi vida.

Al final, pude dormir pensando en llamar a Sebastián.

Quien me llamó fue Graciela.

Eran las siete de la noche, tarde ya, y mi madre me acababa de subir la cena al cuarto. La devoré con voracidad mientras veía televisión. Mi mamá preguntó si me sentía mal, si tenía fiebre, si quería que llamásemos al doctor. Como siempre, ella se relacionaba mucho mejor conmigo cuando estaba enfermo y creía que necesitaba su ayuda. Cuando yo estaba feliz, en cambio, cuando conseguía un logro, su comportamiento era menos comprometido. Un beso en la mejilla o una

sonrisa y la frase «yo sabía que lo ibas a lograr» era todo lo que conseguía.

Le dije a mi madre que me sentía bien, que solo era cansancio.

Unos minutos más tarde, llamó Graciela. Me dijo que yo debía ir urgentemente a casa de María Fernanda. Era cuestión de vida o muerte. Logró asustarme. Sabía dónde quedaba la casa, podía ir en bicicleta y llegar en diez minutos. Colgué prometiéndole que iría.

Aún me sentía agotado y, con honestidad, ver a Graciela no era lo que más me interesaba en ese momento.

Necesitaba pensar, revolverme en mis pensamientos y en mis dudas.

Pedí permiso esperando que no me lo diesen. Pero me lo dieron. No tenía más remedio que salir. Cogí la bicicleta, pedaleé hasta la casa de María Fernanda, dejé la bicicleta en el garage y toqué el timbre.

Salió a recibirme Graciela en pijama.

—Los padres de María Fernanda se han ido de viaje, solo está la empleada, así que estamos haciendo un *pijama party*.

—Qué bueno, pero yo no me puedo quedar a dormir aquí. Además, eso de *pijama party* es cosa de chicas, sin hombres.

—No queremos que te quedes —dijo Graciela sonriendo—. Solo queremos que nos ayudes en una cosa y luego puedes irte. Es muy urgente.

Me jaló del brazo, me hizo entrar en la casa y, luego de cerrar la puerta, subimos corriendo las escaleras.

—¡Ya llegó! —gritó.

Todas hicieron bulla. Estaban felices. Eran cinco chicas sumando a Graciela. Vi una botella de ron entre

los muñecos de peluche, y otra de Coca-Cola. Habían estado bebiendo. También Graciela.

—Tienes que ayudarnos a solucionar una duda —dijo Graciela poniéndose de lado de las chicas y dejándome a mí solo, como en los exámenes finales, con los profesores de todos los cursos al frente esperando a que respondas las preguntas del balotario.

—Me tienes que ayudar —dijo María Fernanda, un poco más bebida que las demás—. Es un caso de vida o muerte.

Las demás alzaron la voz.

—Noooooo —dijeron—. No hables de muerte.

—Sí, de muerte.

—No, María Fernanda, no lo vas a hacer otra vez. Basta de querer morir. O ya mátate.

—Sí, que se mate. Que se mate y nos llevamos sus cosas.

—Por favor, esto es serio —dijo Graciela—. He traído a mi novio, ni más ni menos que a *mi novio*, para que nos ayude a pensar. No lo tomen todo a la broma.

Graciela estaba preocupada. O no lo estaba, pero jugaba a estarlo.

María Fernanda dijo que sí, que estaba bien, que iba a hablar. Empezó a contarme de un chico, de lo que le dijo o no le dijo, de que lo llamó o no lo llamó. Era una historia larga, animada por las amigas cada tanto, incluso corregida por ellas.

—Así no nos lo contaste.

—Así no fue, no te olvides de ese detalle.

Todas estaban muy concentradas en lo que estaba contando María Fernanda, aunque era notorio que sabían perfectamente el argumento de esa novela romántica tan mal narrada, con tantas elipsis y comentarios al

margen que me era muy difícil seguir. Cuando terminó la historia entendí lo que querían de mí.

—Entonces, lo que quieren es que les dé una opinión como hombre, la «versión masculina» sobre el asunto, digamos.

—Sí, una opinión de hombre. Tú eres hombre —dijo María Fernanda—. Eso es lo que siempre dice Graciela. Que tú eres un hombre, no un niño. ¡Un hombre!

Ahora la bulla creció de nuevo. Todas empezaron a hacer escándalo con la frase y a tirarse almohadones entre ellas. «Tu hombre», le decían a Graciela. Ella devolvía los almohadones y les gritaba que se callen.

—Están borrachas, están locas —les decía.

—¿Y tú no? ¿Tú no, acaso? Tú eres la más brava, oye, hazte la caleta nomás delante de tu novio.

—No su novio, su «hombre» —aclaró María Fernanda.

Otra vez el bullicio y los almohadones.

—No sé cómo ayudarte —dije al fin cuando pude hablar—. Ni siquiera sé de quién están hablando.

—Es un primo suyo, amor, no está en el colegio.

Graciela me había llamado «amor» y sus amigas se habían quedado calladas, sin molestarla. Ni un sonido, como si no hubiera dicho nada, como si esa palabra se diese por descontada. Alguien me había llamado «amor» por primera vez en mi vida y nadie lo había celebrado ni gritado ni aplaudido. Sin embargo, la palabra se quedó flotando en el aire, cerca de mis oídos. «Amor». Qué raro sonaba dirigida a mí. Alguien pensaba que yo era su «amor».

—Vive en Lima —me despertó María Fernanda—. Está en cuarto de secundaria. Además, es el hombre más bello del planeta, como tú comprenderás.

—Obvio.

—Obvio, claro que obvio. Es decir, han pasado cosas con él. No mucho. No todo, pero han pasado cosas.

—Eres una perra —le gritaron las amigas.

Empezaron a ladear:

—¿Qué cosas han pasado?

—No lo voy a contar delante de todos, ¿no? —dijo María Fernanda.

—A quién le importa lo que tengas que contar? Guárdate tus cochinadas. Seguro que a Graciela sí se lo has contado.

—Sí, ella sabe todo. Es mi mejor amiga —dijo María Fernanda. Graciela la abrazó.

—Mejor pasemos a otro tema —dijo Milu, otra de las amigas—, hay que hablar de Sebastián. Vamos a resumir: ¿está buenazo o no está buenazo?

—¡Cuñada! ¡Cuñada! ¡Cuñada! —empezaron a gritarle a Graciela. Nuevos almohadones volando.

—Cállense, locas, cállense de una vez. ¿Para eso toman?

—Cuñada, eres una celosa, no quieres que nos llevemos a tu hermanito.

—¿A Sebas? A ese te lo regalo.

Todas se me abalanzaron y empezaron a jalonearme:

—Cuenta, cuenta, dinos cómo es Sebastián en verdad. Graciela nunca nos dice nada.

—Yo les digo todo lo que sé —se defendió.

—Tú te callas —gritó María Fernanda—. Queremos saber realmente cómo es Sebastián, que es un churrazo. Un papacito. Vamos, cuéntanos cómo es, qué le gusta, cómo lo podemos conquistar.

—Yo puedo hacerle un *pie* de limón que me sale buenazo —dijo Milu.

—Tú no los haces, los hace tu vieja —dijo María Fernanda.

—¡La tuya! —respondió Milu.

Nuevos almohadones, nuevos gritos, nuevos desfuerzos. No entendía qué hacía ahí. Me estaba aburriendo. Supongo que la mayoría de chicos del salón hubieran matado por estar en mi lugar, en el cuarto de una mujer, rodeado de las chicas más guapas del salón en pijama, pero yo no. A mí me aburrían.

Pensé que tampoco Sebastián hubiera querido estar ahí. Y ese pensamiento me puso triste.

—No entiendo —dijo al fin Graciela—. María Fernanda estaba a punto de matarse hace unos segundos por el chico de Lima y ahora quiere que hablamos de Sebas. Es decir, ¿en qué quedamos? ¿No estaba muriendo de amor?

—Ya no le vamos a creer nada a Mafe —dijo Milu—. Yo les dije que no se iba a tirar de la ventana. Le gusta llamar la atención.

—Nadie me entiende —dijo dramáticamente María Fernanda—. Ustedes son iguales que mis viejos, no me entienden, creen que siempre exagero. Y no estaba bromеando. ¡Me iba a matar! ¡No sé qué le pasa a ese chico! ¿Por qué no me llama? ¡No lo sé!

María Fernanda se tiró sobre la cama y las amigas decidieron creerle. Empezaron a acariciarle el pelo, a decirle que no pasa nada, que no se mate, que la quieren. Una de ellas cogió un cepillo y empezó a cepillarle el pelo mientras la consolaba. Tienes un pelo lindo, cojudita, ¿qué te echas?

—Mira, María Fernanda —dijo al fin, decidido a decir alguna cosa para poder irme a mi casa—, los hombres y

las mujeres reaccionamos muy distinto. Para ustedes todo es duda, ambigüedad, sí y no al mismo tiempo. Para nosotros, las cosas son blanco y negro. Si te dice que te llamará y no te llama, es porque no está interesado. No importa por qué no, simplemente no está interesado.

—Quizá tiene una novia en Lima —dijo Graciela—. ¡Yo te dije!

—Pero la vez pasada me escribió lindo...

—No importa si te escribió ni si tiene una novia, María Fernanda, lo que importa es que a un chico cuando le gusta alguien dice «sí» a todo. Está ahí. Y cuando no le gustas, simplemente dice «no» y no te va a llamar así le digas que estás muriéndote en el hospital o, ya que estamos, que te vas a lanzar de tu ventana por él.

—¿O sea que no me quiere?

—Te lo dije, yo sabía —dijo Graciela—. ¡Yo te lo dije!

—¡No me quiere! ¡Qué mal!

Hundió su cabeza entre los brazos y las almohadas. Las amigas nuevamente se lanzaron sobre ella para consolarla. Que ese tipo no te merece. Que se quede en Lima nomás. Que es un vivo, al toque se notaba que era un vivo. Que ya no pienses en él. Que no vale la pena.

—¿No vale la pena?

—¡Claro que no vale la pena!

Aproveché el momento para irme. Pensé que nadie, ni siquiera Graciela, notaría mi ausencia. Estaba a punto de bajar la escalera cuando sentí que me cogieron de la mano.

—¿Te vas a ir sin decirme nada?

—Pensé que ya no me necesitaban. Estás con tus amigas, yo no encajo aquí.

—Pero quédate un ratito conmigo. Vamos al cuarto de los papás de María Fernanda, para conversar, solo un rato. Te extrañé en la tarde. Pensé que ibas a llamarme.

Me arrastró hacia el cuarto de los padres de su amiga. La habitación era enorme y olía a cigarro. La atmósfera era cargada. La cama matrimonial era gigante, el mobiliario serio, las cortinas cerradas. Todo estaba decorado en tonos verdes y marrones. No me gustaba la combinación. Había un par de libros sobre una repisa. Un televisor con marco de madera. Un cuadro donde unos *weimaraner* acompañaban a sus amos a cazar patos. El cielo estaba encapotado, las copas de los árboles eran altas, las nubes eran grises. Un solitario pato flotaba en el cielo y nadie parecía verlo.

—¿De verdad piensas que las mujeres somos así?

—Así cómo?

—Como dijiste, así, complejas, confusas, que no saben lo que quieren.

—Sí, en líneas generales pienso eso.

—Pero yo no soy así. Yo sí sé lo que quiero. Yo te quiero a ti.

—Ya lo sé. Tú eres distinta. Como Sebastián. Los dos son distintos.

—Yo te quiero. ¿Sabes que te quiero, no? Quiero vivir toda la vida contigo. Quiero envejecer contigo. Solo pienso en ti. Tengo que morderme las uñas para no llamarte a toda hora. Y cuando duermo, pienso en ti. Siempre pienso en qué estarás haciendo, dónde estarás, si llevas la casaca gris o la azul. Estoy enamorada de ti. ¿Eso lo sabes?

—Lo sé.

Empezó a besarme. Sentí el olor del ron en su aliento. Sentí sus músculos más relajados que de costumbre. Sus

besos más entregados. Yo estaba tenso, pero ella no pareció darse cuenta de eso. Pasó sus brazos por la cintura, se aferró a mí, su cuerpo se apretó al mío y lo sentí temblar o latir. Dejó de besarme y hundió su nariz en mi cuello. Yo le acaricié el pelo, le cogí la nuca. Esa muchacha hermosa, la chica más linda del mundo, estaba enamorada de mí.

—Tengo que ir al baño —dijo levantándose de pronto, súbitamente seria—. No te vayas, ya regreso.

Pensé que iba a vomitar. Me quedé en la cama, en esa cama grande e incómoda, esperando escuchar las arcadas. Tendría que ir a ayudarla. Pensaba también en lo que me había dicho. Me llamó «amor», dijo que me amaba. Era tan bella, tan dulce, tan buena conmigo. Y todos se morían por ella. Todos en el salón, en el colegio, todos hubieran querido estar en mi lugar.

Pero ¿la amaba yo? ¿Estaba enamorado de ella? ¿Sabía al menos qué significaba eso? Las cosas se habían dado muy rápido, una detrás de otra sin parar, y sentía que apenas si había participado en eso. Nunca lo busqué ni presentí que podía pasar algo. No había tenido tiempo de pensar en nada. Estar con Graciela era un acto casi involuntario, inerte; aceptaba mi condición de «novio» solo porque era demasiado perfecta para no estar con ella. Pero ¿acaso soñaba con ella antes de dormir? ¿Pensaba en qué se había puesto o qué no? Después de la emoción de los primeros días, no había vuelto a pensar en nada de eso. Nunca.

Entonces, ¿no la amaba?

La puerta del baño se abrió de a pocos, como si dudasen en salir.

—¿Graciela? —dije e iba aumentar: «¿Estás bien? ¿Necesitas que te ayude?», cuando la vi salir. Se había quitado

el pijama. Estaba en calzón, un calzón azul, no llevaba sostén; podía ver sus pequeñas y redondas tetas. Era la primera vez que veía directamente a una mujer sin sostén, no en revistas o la televisión. Eran un par de peras. Cabían en mi mano. Su cintura era breve. Sus piernas, completamente desnudas, eran hermosas. Sus ojos estaban encendidos.

—Quiero hacerlo contigo —dijo—. Estoy tan segura de lo que siento por ti que quiero que lo hagamos ahora. No tengo dudas.

Se acercó para besarme. Yo estaba callado y nervioso. La besé, la abracé, mientras ella me besaba y abrazaba también, respirando más fuerte, respirando en mi cuello, mientras su cuerpo desnudo empujaba al mío intentando tumbarme en la cama. Metió las manos por debajo de mi chompa y me la quitó. Luego empezó a desabotonar la camisa. Yo la dejé hacer. Al final me quedé también con el pecho desnudo. Ella se quedó mirándome un rato. Era obvio que también para ella la desnudez era una novedad. Luego empezó a besarme el cuello, a acariciarme la espalda. Lo hacía con mucha torpeza, con movimientos rápidos y ansiosos. También yo estaba ansioso y era inexperto, así que no podía ayudarla. Al final, me dejé tumbar por ella a la cama. Nos besamos un largo rato. Su mano subía y bajaba por mi pecho. La mía había abandonado su espalda y subió hasta su nuca, mi lugar favorito.

—Sácate el pantalón —dijo—. Vamos a hacerlo. No va a venir nadie.

—¿Cómo sabes?

—Lo sé.

Me puse de pie y me desabroché el pantalón. Luego me quité las medias y las zapatillas. Y al final, también el pantalón. Miraba a Graciela sobre la cama. Su desnudez

era prodigiosa y me paralizaba. Parecía brillar en medio de la sombra de ese cuarto verde y marrón. Parecía una fruta.

Me tendí a su lado. Empezamos a besarnos otra vez. Ahora con más pasión. Sentí que ella intentaba caricias más osadas. Su aplomo había caído un poco, pero aún seguía intentándolo. Cuando al fin su mano, dubitativa, bajaba por mi vientre, la detuve.

—No tenemos por qué hacerlo —le dije.

—Pero yo quiero hacerlo, amor, nadie me obliga.

—Ya lo sé, pero no necesitas hacerlo para demostrarme nada.

—¿Crees que te amo?

—Claro que creo que me amas. Lo sé. Por eso estamos juntos.

—¿Y no necesitamos hacer el amor?

—No. No así. No aquí.

—No ahora.

—No ahora.

—¡Te amo tanto!

Me abrazó, ahora con ternura. Me besó el cuello y los labios. Dejó que yo le acaricie el pelo y la espalda. Pasó una pierna por encima de mí, como si se encaramara a un árbol, y se quedó dormida así, casi desnuda. Al poco tiempo, me quedé dormido también.

La puerta del baño se abrió de un poco. La poca luz de la noche se vió y me desperté de golpe. Me levanté de prisa y salí corriendo a la cocina.

La noche era oscura. Y, saliendo de la cocina, vi que la puerta de la casa estaba abierta. La puerta de la casa estaba abierta. Y, saliendo de la cocina, vi que la puerta de la casa estaba abierta.

—¿Qué haces? —me preguntó Graciela, que se había quedado dormida en la cama.

—Estoy durmiendo —dije, tratando de no despertarla.

## SIETE

Al día siguiente, Graciela se levantó temprano y se dirigió a la cocina a preparar el desayuno. Yo la observé desde la sala, sentado en mi sillón favorito, viendo cómo se movía entre la cocina y la sala.

Cuando llegué a mi casa en la madrugada, mis padres me estaban esperando en la sala. Era más tarde de lo acostumbrado. Me hablaron con un tono duro. Me castigaron.

Me eché a dormir pensando en todos los sucesos que habían ocurrido ese día. Pensaba en Graciela. En su cuerpo desnudo y el mío, durmiendo abrazados en un cuarto extraño. En la respiración de Graciela, en el olor de su pelo, en el peso de su cabeza sobre mi hombro. Habíamos dormido dos o tres horas. Luego me desperté, me di cuenta de la hora, me puse la ropa y la cubrí a ella con una frazada. Salí sin que nadie me note.

Al día siguiente, llamé dos veces a Graciela por teléfono, pero no logré comunicarme con ella. Al parecer, estaba durmiendo quizás por la resaca de la borrachera, o también estaba castigada.

Era domingo.

Me había pasado toda la tarde ayudando a mi padre en cosas de la casa. De vez en cuando él decidía ser carpintero y yo debía ser su ayudante. Anochecía. Me

decepcionó no recibir una llamada de Graciela. Ni de Sebastián. Subí a mi cuarto, intenté leer pero no pude. Tampoco la televisión me distraía.

A pesar del castigo, decidí ir solo a la cabaña. No llamaría a Sebastián. Era una locura, ese lugar me daba miedo y además pronto se haría de noche. Pero no podía estar en mi cuarto. Les pedí a mis padres que me levantasen el castigo solo por ese día, les prometí que volvería temprano y salí. No les hizo mucha gracia que saliese, pero después de haber ayudado en casa todo el día, no eran capaces de detenerme. En realidad, no eran buenos castigándome ni premiándome.

Fui en la bicicleta. Quizá me quedaría ahí quince o veinte minutos, y luego regresaría. El paseo me haría bien. La noche estaba muy oscura, pero había estrellas. No hacía mucho frío. Era una buena noche para caminar o montar bicicleta.

Entré a la cabaña.

Sebastián estaba ahí, leyendo. Me vio, levantó una ceja como señal de sorpresa, y pretendió seguir con el libro. Como si yo no existiera.

—Vamos, Sebastián! —le dije—. Déjate de tonterías. ¿Entonces nunca más me volverás a hablar?

«Así es la vida. Un orden establecido, una línea, una sucesión de puntos. Ahora estás acá, luego más acá y luego llegas al final y se acaba...».

Sebastián me hablaba. Al fin se había calmado conmigo. Ahora parecíamos los amigos que habíamos sido siempre en esa cabaña.

O casi.

Era obvio que aún me tenía cierto temor, cierta distancia. Le había preguntado qué le pasaba conmigo, qué le molestaba.

—Tengo rabia de pensar que me usaste para llegar a Graciela —me dijo.

Cuando dijo su nombre me acordé de ella. Tuve ganas de preguntarle cómo estaba, por qué no me había devuelto las llamadas. Pero no era el momento. La prioridad era resolver mi problema con Sebastián.

—No es cierto, eso no es cierto. Yo no pretendía nada con Graciela. Nunca pensé que pasaría nada. Lo único que quería, y tú lo sabes bien, era entrar al equipo y jugar fútbol.

Bajó la cabeza aún con dudas. No se me ocurrió nada más que decir. Miré el techo y esperé a que fuese él quien hablase.

—Si realmente fueses mi amigo —dijo luego de un rato—, me ofrecerías terminar con ella, me dirías que nuestra amistad es más importante.

Me había puesto en una encrucijada. No sabía cómo salir de ella.

—¿Realmente piensas eso? —le dije—. Yo quiero a Graciela y ella me quiere a mí. No quiero hacerla sufrir. Eres mi amigo, eres mi mejor amigo en el mundo, pero no voy a hacer que Graciela sufra por mi culpa.

Cuando dije la frase «mi mejor amigo en el mundo», Sebastián abrió los ojos enormes. Me miró un largo rato, hasta ponerme incómodo. Sentí que debía añadir algo más.

—Es tu hermana, además —le dije—. Ustedes se adoran, son mellizos. Me imagino que ni tú ni yo queremos que tu hermana sufra.

Cogió el libro que aún tenía abierto, buscó algo para poner de separador y lo cerró. Luego me cogió el hombro y dijo:

—Tienes razón. Soy un idiota. Lo último que quiero es que mi hermana sufra.

Y luego me preguntó, sin soltarme el hombro, apretándolo un poco más incluso:

—Pero ¿de verdad se han enamorado? ¿Ella te lo ha dicho?

Le dije que sí, que eso creía. Se echó a reír y me abrazó.

—¿Y crees que todas las cosas en el mundo tienen un orden? —le dije.

—¿Y qué crees tú?

Habíamos estado hablando de los exámenes, de por qué él era tan bueno y sacaba notas tan buenas sin estudiar mucho. Sebastián me hablaba del orden. Redactaba sus exámenes o sus tareas con un orden impecable. De ese modo, los profesores llegaban a la conclusión de que dominaba el tema, pese a que quizás lo que exponía era muy poco. Lo poco que yo podía decirle antes de entrar al examen.

Le contesté que no, que creía que no siempre las cosas se daban en orden, que también creía en el azar, en lo que no podemos prever.

—A veces quisiera creer que es como tú dices. Pero no, en realidad todo sucede porque tiene que suceder. Hay un orden estricto en las cosas y nadie, nunca, escucha bien, nunca, lo podrá modificar. Es como lo que siempre hablamos de fútbol. El orden táctico, no salirnos del esquema, crear esquemas para equipos distintos.

—No veo por qué hablas de eso como si fuera malo —respondí—. Me parece estupendo que la vida sea así.

—Sí, es genial si no quieres cambiar las cosas. Si quieres que las cosas y la vida sigan como siempre han sido. Pero a veces eso no te es suficiente.

—¿Y tú por qué querrías que las cosas cambien?

—¿Y por qué no?

La noche estaba muy oscura. Empezó a darme miedo estar ahí. Me acordaba de las historias que me había contado Sebastián. Pero no me atrevía a interrumpirlo. Sebastián insistía con aquello del orden establecido y el querer cambiar las reglas. Yo lo escuchaba, pero había perdido el hilo. Esperaba el momento en que me dijese para irnos.

—¿Por qué estás tan nervioso? —me preguntó.

—Por nada, por las cosas que contaste de la cabaña, supongo. Porque ya se está haciendo de noche y quiero regresar a casa.

—¿Viniste en bicicleta?

—Sí.

—Entonces mejor anda yéndote nomás. Yo igual vine sin bici, tengo que caminar.

Pensé en levantarme e irme. Pensé, también, en decirle que no me iría sin él. Quizás se quería quedar en la cabaña toda la noche, como Benjamín.

Me puse de pie para salir.

—¿Sabes? —me dijo de pronto—. Yo también he estado enamorado.

—¿Sí? —el anuncio me sorprendió y me detuve—.

—¿De quién? ¿De alguna chica del colegio?

—Sí, del colegio.

—¿Y qué pasó? —volví a sentarme, esa sí que era una novedad—. Me tienes que contar todo.

—Te lo voy a contar todo.

—¿Era una chica mayor? Te apuesto que era una chica de quinto o de cuarto. Solo tú tienes tanto jale como para estar con una chica mayor.

—Acertaste, era mayor que yo. No era de quinto, sino de cuarto. Ahora sí estaría en quinto.

—Ah, eso quiere decir que ya no está en el colegio

—Sebastián demoraba en hablar, medía sus palabras, yo lo quería animar dándole pies forzados—. Por cierto, ayer me enteré de que le gustas a María Fernanda y a Milu. Seguro a muchas más. Pero no sé si te gusten ellas, son tan niñas...

—No me gustan las niñas.

—Sí, pues, lo imaginaba. A mí también me aburren.

—¿Y no te aburre Graciela?

—No, ella nunca me aburre. No es tan niña como parece. No como sus amigas. Ella es diferente. Tú y ella son diferentes a los demás. Eso le dije justo ayer a Graciela.

—Bueno, al menos yo sí soy diferente.

—Sí, lo sé.

—No, no lo sabes, no puedes saberlo.

—¿No puedo?

—¿Sabes qué tan diferente soy? Pues no me gustan las mujeres, sino los hombres.

Me miró directamente a los ojos. Reconocí una sonrisa de nervios que aparecía en su rostro. Luego, otra vez la seriedad y la mirada sobre mí. Esperaba una reacción, pero lo que me había dicho me dejó mudo.

—¿Ves? Nadie lo sabe. Nadie puede saberlo. Me

enamoré de Benjamín y él se enamoró de mí. Pero ahora ya no está aquí. Tuvo que irse.

—¿Me estás diciendo que eres homosexual?

—No lo sé. No sé si homosexual, pero me enamoré de un hombre; de Benjamín.

—¡Pero si juegas fútbol!

—¡Vaya tontería! ¿Y eso qué tiene que ver?

—No creo lo que me dices, me estás bromeando, ¿no? Quieres que te diga algo para después burlarte de mí.

—No me burlo de ti. Eres la única persona a quien se lo he contado, la única en la que confío. Después de Benjamín pensé que no podría confiar en nadie más, que no tendría nunca un mejor amigo. ¿Te pasa algo?

Me había vuelto a poner de pie de un salto. Empecé a caminar hacia la puerta.

—No me pasa nada —le dije.

—Pero ¿por qué te vas así? Parece que hubieras visto un fantasma. Vamos, me voy contigo.

—Quédate aquí, Sebastián, mejor quédate aquí. Quiero irme solo.

—No entiendo qué te pasa, oye, tienes cara de loco. Espérame.

Estiró su brazo para cogerme el hombro pero le hice un quite. Le lancé la mirada más furiosa que pude. Noté que se había quedado congelado. Ya no intentaba detenerme.

—No me toques —le dije con rabia—. No me toques nunca más.

Avancé unos pasos, salí de la cabaña, cogí mi bicicleta y vi que Sebastián salía detrás de mí caminando lento, aún asombrado por mi reacción.

—Eres un huevón, Sebastián, un huevonazo.

**L**ogré que mis padres creyeran que estaba enfermo y falté al colegio ese lunes. No podía ir de ningún modo. Tenía demasiadas cosas que pensar, no podía creer aún lo que me había dicho Sebastián. No tenía sentido. ¿Sebastián era homosexual? ¿Se había enamorado de Benjamín? ¿Se habrían quizá, incluso, besado alguna vez? La idea de un hombre besando a otro hombre, de Benjamín y Sebastián besándose, me era repugnante.

Nuevas preguntas me asaltaban. ¿Y si ahora se enamoraba de mí? Después de todo, éramos amigos, mejores amigos, yo había reemplazado en ese puesto a Benjamín. ¿Y si la razón para su enojo porque estaba enamorado de Graciela no eran sus celos de hermano, sino que estaba enamorado de mí?

Me acordaba de mi padre diciéndome: «Lo peor que me podría pasar es tener un hijo maricón, comunista o drogadicto».

No podía descansar ni concentrarme ni hacer nada. Solo podía hacerme preguntas y más preguntas. Y ninguna tenía una respuesta.

Al día siguiente, no me quedó más remedio que ir al colegio. Las primeras horas, antes del recreo, me comporté como un autómata. Cuando llegó el recreo, preferí no salir. Graciela me acompañó un rato, contándome que el domingo no había podido contestar mi llamada porque se había sentido mal. «Nunca más vuelvo a tomar», prometió. Y que el lunes había llamado a mi casa, pero que no le pasaron conmigo. Mi madre le había dicho que yo estaba durmiendo (lo que, por cierto, era absolutamente improbable en mi estado).

Salió un rato al recreo con sus amigas y unos minutos después regresó. Su cara tenía una expresión distinta; mi madre hubiera dicho que era la cara de un gato que se ha comido a un canario.

—Todas mis amigas hablan de nosotros —dijo intrigante.

—¿Y por qué?

—Porque piensan qué lo hicimos.

Me había olvidado de esa noche. Increíble. Ahora parecía que hubiese sucedido hacía mil años luz. Pero para Graciela era, me lo estaba informando en ese momento, la noche más bella de su vida. Dijo que no había podido dejar de pensar en su cuerpo al lado del mío. Y quedarse dormida en mi pecho.

—No me creen cuando les digo que no pasó nada. Ni siquiera María Fernanda me cree. Ahora me llenan de preguntas. Ya no les diré nada más, que se imaginen lo que quieran.

No debí haberle contestado nada muy coherente. Me dijeron seriamente:

—¿Qué piensas de todo esto? ¿Te parece mal?

—No, no me parece mal. Haz lo que quieras.

—¡Estás tan antipático hoy día! —dijo con absoluta razón—. No sé lo que te pasa pero la verdad es que ya no quiero hablar contigo.

Ni Graciela ni Sebastián. Ninguno de los dos. Ahora no quería ver a nadie. Al salir de clases, vi a los dos hermanos conversando. Ella parecía molesta y él más bien intentaba calmarla. Ambos descubrieron mi presencia y me echaron una mirada. La de Graciela de decepción, la de Sebastián interrogante.

No le devolví la mirada a ninguno de los dos.

Esa semana estuve inmerso en mí mismo, en mis pensamientos. No fue una buena semana. No se me ocurría hablar con Sebastián y a él tampoco se le ocurría acercarse. No estaba molesto conmigo, solo intrigado, quizá. Dejó de esperar una reacción de mi parte y empezó a hacer como si no existiera.

Yo hice lo mismo.

Graciela, en cambio, aunque tampoco me hablaba, hacía hasta lo imposible para que me diese cuenta de su silencio. Sus amigas también me aplicaban la «Ley del hielo» y comentaban quién sabe qué cosas cuando pasaba por su lado, o ellas pasaban por el mío. Me parecía ridículo todo eso, tan infantil.

Un par de veces intenté llamar a Graciela pero luego retrocedía. No imaginaba nada para decirle. Pedirle disculpas hubiera sido absurdo porque, al final, si nos volvíamos a ver seguro hubiera cometido el mismo error de quedarme callado, dentro de mí mismo, lo que la sacaba tanto de quicio.

Dejé que pasara la semana.

Llegó el sábado y el partido de fútbol en que se estrenaba el equipo Azul de tercero de secundaria, contra los rojos de cuarto. Llegué al campo de juego y vi que Graciela y su grupo de amigas ya estaban en las gradas. Habían llevado letreros y pompones de animadoras. Un letrero decía el nombre de Sebastián, y lo llevaba Graciela. Reconocí su letra y me conmovió el amor que sentía por su mellizo. Recordé cuando Sebastián me dijo en la cabaña que no pensaba hacer sufrir jamás a Graciela. Los dos juntos. Yo no sabía lo que era tener un hermano y nunca lo iba a saber. Los dos hermanos, tan parecidos el uno al otro, tan solidarios y generosos entre sí, ahora estaban unidos y yo separado de ellos. No quería que eso sucediese. Quería ser parte de ellos como al principio, como siempre fue desde que llegué aquí. Pero quizá los había perdido para siempre.

Me senté aparte de todos. No iba a extrañarlos más. Los había perdido y asumiría esa pérdida. Me dediqué a ver el primer tiempo del partido con los labios mordidos. El equipo Rojo, por supuesto, salió también a pegarnos. Pero de manera más condescendiente, más como un adulto abusivo que no usa su fuerza sino la amenaza. A medida que pasaba el tiempo y el gol no llegaba, se iban poniendo más nerviosos, y pegaban más también. Nosotros los dejábamos ponerse tensos. Sabía lo que estaba haciendo Sebastián, cambiando de un lado a otro el balón, esperando que ellos reaccionasen. Los hincaba. Ellos eran los obligados a ganar, eran ellos los que saldrían a buscar el partido. Y en ese momento, sin duda, Sebastián sabría qué hacer exactamente. «Trinidad y Tobago», pensé. Y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Terminó el primer tiempo y la frustración en el equipo Rojo crecía. El color encendido de sus camisetas los hacía ver más colorados y molestos, sin comprender un marcador que ya debía haberse movido. Después de todo, para ellos lo importante no era ganar, sino cuántos goles nos metían.

En ese sentido, tampoco ayudaba a su presión el que la barra de chicas del equipo hubiera tenido como insospechados aliados a todo quinto. Las relaciones con cuarto se habían enfriado luego del anterior partido y hubo un par de peleas entre alumnos de los dos grados en un parque cercano; además, les convenía un empate o una diferencia mínima. La bulla que metían los de quinto sumada a la nuestra desesperó a los de cuarto de secundaria, que respondieron con más bulla hasta que, luego, terminaron por quedarse callados ante la superioridad numérica y el pésimo juego en la cancha.

Antes de que empiece el segundo tiempo, sentí que alguien se sentaba a mi lado. Era Graciela. Tomó mi mano.

—¿Sabes qué? Me cansé de estar molesta contigo.

Vimos juntos el segundo tiempo. También yo estaba cansado de estar así, sin ánimo, haciéndome preguntas y distanciándome de todo el mundo, y hasta que ella tomó mi mano no me di cuenta de cuánto la extrañaba.

En el segundo tiempo, el equipo Rojo se enteró de qué trataba el orden táctico y lo sufrió. Sebastián jugó un espléndido partido. No solo anotó uno de los goles (el marcador final fue 3-0), sino que, además, dirigió al equipo como un auténtico capitán. Era un líder nato.

Los otros dos goles los metieron «El Ciego» Zimic y, para mi cólera, una de «Las Serpientes», Sardón, un golazo de fuera del área, por cierto. Fueron tres, pero pudieron ser más porque en el segundo tiempo el equipo Rojo ya no jugaba. Se dejaban apabullar por la bulla de las barras y esos chiquillos de tercero. No podían detener los desbordes, no sabían armar una jugada que les resultase.

El físico de Sebastián era envidiable. Cuando los dos equipos arrastraban los pies, él se dedicaba a empujar hacia arriba y bajar luego a defender con el mismo impulso. Sus pases (como el que le puso a «El Ciego» Zimic para el segundo gol) eran milimétricos. Fue, de lejos, el mejor jugador del partido.

Cuando terminó el encuentro, mientras todo el salón saltaba eufórico y los padres celebraban la victoria de sus hijos (mientras los alumnos de cuarto se escurrían para huir de las burlas de los de quinto), Graciela me dio un pequeño beso en los labios, se puso de pie y me dijo que se iba con las chicas.

—Tú anda a celebrar con Sebastián y los demás del equipo. Aunque no juegues con ellos por tu lesión, eres del equipo. Sebas se va a alegrar.

Se puso de pie, hizo un gesto que significaba «me llamas más tarde por teléfono» y fue a reunirse con sus amigas dando saltos de felicidad por mí, por nuestra reconciliación, por el triunfo del equipo y por el talento de su hermano.

Los padres de Graciela y Sebastián me saludaron a lo lejos con una sonrisa cómplice.

Yo hice como quien se va a los vestidores a celebrar con los del equipo, me quedé un rato parado en la

puerta y luego, sin que nadie me viese, me fui del campo rumbo a mi casa sin felicitar a nadie.

Durante la siguiente semana solo se habló del partido. Estábamos primeros en el fixture y con tres goles arriba. Eso quería decir que los de quinto tendrían que ganarnos por más de tres goles. El sábado habían celebrado la derrota de cuarto como un triunfo suyo. Pero luego, al tomar conciencia de la calidad extraordinaria de Sebastián y de la sintonía con que jugaba el equipo, la sonrisa se esfumó de sus rostros y empezaron las preocupaciones.

Un empate solamente nos hacía ganadores. Perder por 2-0 también. Es decir, teníamos todas las de ganar. ¿Iban a dejar que un equipo de tercero se lleve la Copa del Colegio? ¿Realmente iba a suceder eso?

Toda la semana fue de indirectas, ataques, insultos solapados, burlas.

—Seguro van a jugar a defenderse como niñitas —dijo con desprecio uno de quinto en uno de los recreos. Sebastián se dio por aludido y contestó que jamás, que nunca saldrían a defenderse.

—¿Por qué me contestas, renacuajo? —replicó el de quinto.

—Porque tú me hablaste, tarado —respondió Sebastián. Se fueron uno encima del otro en mitad del patio. Hubo un forcejeo breve, muchas malas palabras, los separaron de inmediato y ahí quedó todo, aunque la sensación fue desagradable.

Pero lo más desagradable estaba por llegar. El miércoles en la mañana, apenas ingresamos al aula, llamaron a Samanez a la dirección.

Se levantó y salió, seguido de la tutora.

Pasaron dos horas y la tutora regresó, pero no Samanez. La mujer recogió las cosas que este había dejado sobre el pupitre, incluso el cuaderno abierto, y se las llevó. Los cuchicheos empezaron. «Las Serpientes», sin embargo, no decían nada, solo clavaban una venosa mirada sobre mí.

Yo no pude más. Sospechaba lo que ocurría. Volteé a mirar a Sebastián.

Tenía la cabeza gacha.

Al día siguiente, la noticia había corrido por todo el colegio. Primero se pensó que habían expulsado a Samanez por algo que nadie sabía bien qué era. Robo, decían algunos, o seguro lo pescaron en el baño fumando marihuana. Se convirtió en un mito y siempre había uno que decía que lo había visto haciendo la atrocidad x o la atrocidad y, aumentando la gravedad del asunto.

Incluso yo, aunque ya estaba advertido por Sebastián de lo que pasaba, llegué a pensar que quizás sí había sido expulsado como decía la leyenda.

Al día siguiente nos enteramos de la verdad. Samanez tuvo que irse del colegio porque despidieron a su padre. La casa donde vivían acababan de ponerla en alquiler y ellos habían viajado a Lima.

El salón estaba commocionado. Si ya era bastante malo lo de la expulsión, aunque creíble dados los antecedentes de «Las Serpientes», era terrible saber que habían echado a su papá del trabajo. En un colegio donde la mayoría eran hijos de los trabajadores de la mina, aquello implicaba una deshonra.

Graciela parecía distraída, sin entender la gravedad del asunto. Lo comentaba como todos en el salón, pero

sin darle demasiada importancia. Sebastián, en cambio, estaba alicaído. Tarde o temprano, seguro pensaba, llegarían a la conclusión de que el único que podía expulsar del trabajo al papá de Samanez era su padre.

Sebastián temía que él y su hermana terminaran como los malos de la película. O que les hicieran daño. Temía por Graciela.

Hasta el momento, nadie había dicho nada sobre el asunto. Pero era obvio el rencor que mascullaban las dos Serpientes que habían quedado y quienes, según decían, ni siquiera pudieron despedirse de Samanez.

La semana pasó y llegó el sábado del último partido.

Mi doctor dio una última revisada al desgarro y me felicitó, dándome la buena noticia de que estaba apto para jugar. En realidad, ni siquiera era buena esa noticia. Decidí no decirle nada a nadie. No quería cruzarme con Sebastián. Aún no sabía qué cosa me alejaba tanto y tan definitivamente de él. ¿Enterarme de su homosexualidad? ¿Temerle a que se haya enamorado de mí? ¿O la imposibilidad de pedirle disculpas por la forma en que lo traté? Quizá ninguna de las tres era la respuesta correcta. Lo más probable era que la única razón para estar distanciados era la propia distancia insalvable que él había puesto entre los dos.

Ninguno iba a ceder, eso era un hecho, y ya Graciela empezaba a hacerme preguntas sobre por qué me había peleado con él. También a Sebastián le hacía las mismas preguntas.

No obtenía respuestas, o solo las obtenía vagas y poco convincentes.

Lo más dramático fue encontrarme con su madre el día del partido. Se acercó a conversar conmigo. Me

dijo que veía a Sebastián muy triste, que había perdido el apetito, que ni siquiera el fútbol lo emocionaba.

—No me engañes. Me he dado cuenta de que se han peleado —dijo—. Pero espero que lo reconsideres. Sea lo que sea, no debe ser algo tan grave para que dos buenos amigos estén separados. Yo sé que él te quiere mucho, igual que Graciela. Todos te queremos en la casa.

Me dio un beso en la mejilla que casi me hizo llorar. Cerré los puños con impotencia. Se alejó sin esperar más respuesta que un «Sí, señora» de mi parte. Tampoco tenía nada más que decirle.

Me senté al lado de Graciela y en medio de la barra del salón.

Las pancartas ahora eran más grandes, la bulla más ensordecedora. Habían picado papel y llevado serpentinas, y cuando las arrojaban parecía la Bomboñera. Eso me emocionaba mucho y me daba ganas de entrar al vestidor y confesar que sí podía jugar. Pero no iba a hacerlo.

La barra de quinto también era impresionante. Se habían disfrazado, consiguieron un bombo y muchas pancartas. Habían copiado himnos de estadios y los cantaban con la letra cambiada para hablar de los blancos. Muy pocos de cuarto de secundaria se acercaron al campo de fútbol. No soportaban la derrota. Solo unas chicas de cuarto, con la esperanza de ver a los de quinto de secundaria en pantalones cortos, quizás, terminaron asistiendo en silencio.

Las autoridades del colegio también fueron al partido junto con algunos profesores, entusiasmados

por los comentarios del juego estupendo de los chicos de tercero.

La Copa del Colegio no se entregaba ese día sino una semana después, durante la actuación por el Día del Colegio, en donde se entregaban todas las copas deportivas y los diplomas por actividades como el concurso de habilidad, el de literatura, el de dibujo y pintura.

Ese día, además, iba a haber una actuación y Graciela iba a cantar.

La escuché ensayar una canción que ella detestaba, pero que a los profesores les encantaba, dedicada al colegio. Pero tenía que cantar dos canciones. Me dijo que estaba buscando algo de Ella Fitzgerald para cerrar su participación.

Graciela estaba emocionada, le fascinaba cantar, escuchaba música en mi cuarto por horas. Cuando pasaban una que le gustaba gritaba: «Esta, esta canto». Y luego escuchaba otra y otra y otra. Y no se decidía.

Dentro de la tristeza de perder a Sebastián, la felicidad que me daba Graciela en mi cuarto, buscando canciones, era infinita.

Desde el inicio me di cuenta de que el partido contra el equipo Blanco no iba a ser tan fácil como pensábamos. Esta vez ellos no iban a sentir la presión de un equipo que salía a golpearlos; iban a dejarnos jugar y también iban a jugar ellos. El partido era de ida y vuelta. El primer remate de Sebastián salió desviado. Un remate de ellos también. La lentitud de «El Ciego» Zimic se convirtió en

un lastre ante dos defensas centrales, gruesos y mucho más grandes. Ellos contaban con un volante muy hábil y el goleador del colegio, el gringo Hofman, que pronto empezó a inclinar la cancha hacia su lado. El orden táctico que intentaba imponer Sebastián no daba resultado por culpa de los nervios de los demás del equipo.

El primer gol de los blancos fue celebrado con estruendo. Un cabezazo de Hofman, justamente, que se quedó sin marca en un córner. Yo sabía que los goles con pelota detenida eran los que más le dolían a Sebastián, porque implicaban un error táctico, donde él se suponía un especialista.

El segundo gol llegó tras una pelota que le ganó el 9 del equipo Blanco, el pequeño Arturito Ruiz, a nuestro débil defensa central, un chico sin mayor aptitud llamado Sandro Luque. íbamos dos goles abajo y aún no terminaba el primer tiempo. Después del primer remate de Sebastián y alguno más en los quince minutos iniciales, no volvimos a llegar al arco.

Era un desastre.

Graciela, a mi lado, se había quedado callada, como toda la barra de tercero. No levantaban las banderolas, se dejaron apabullar por el bombo y las canciones del equipo contrario. El papel picado que habían guardado para celebrar la victoria lucía triste en sus bolsas.

—Es una pena que no puedas jugar tú —me dijo Graciela—. Mi hermano siempre pensó que eras el mejor del equipo. Mejor que él, incluso.

—Sí puedo.

—¿Sí puedes qué?

—Jugar, sí puedo jugar. El doctor me ha dado permiso.

Iba a mostrarle el certificado médico cuando algo inesperado ocurrió. Sebastián cogió una bola desde el lateral, ingresó driblando a dos defensas y sacó un tiro cruzado que entró al arco. Un golazo. Ahora íbamos 2-1 y la barra se volvió a animar.

—¿Puedes jugar? —dijo Graciela en medio de los gritos por el gol de su hermano—. ¡Entonces entra, amor, tienes que jugar!

Dudé unos segundos. Ella me besó y me dio, al mismo tiempo, un empujón. Cuando me puse de pie, aún indeciso, me miró y leí en sus labios: *I love you*. Sus ojos amarillos brillaban en el sol. Su pelo rubio estaba desordenado. Me fui donde estaba el entrenador. Volteé a verla para darme ánimos. Ella me lanzaba un beso desde la tribuna y guiñaba un ojo.

Tan simple como eso.

Graciela siempre sacaba lo mejor de mí.

Le dije al entrenador que podía jugar, que quería entrar. Al principio no me hizo demasiado caso, pendiente como estaba de los últimos minutos del primer tiempo. Le enseñé el certificado. Lo leyó con el rabillo del ojo, me cogió de la espalda y dijo:

—Está bien, ve a vestirte, ya vemos si te usamos.

El plural, estaba seguro, se debía a Sebastián.

Mientras me vestía, escuchaba que el partido no había cambiado mucho luego del gol de Sebastián. Los blancos seguían dominando y nosotros apenas si podíamos defendernos. Felizmente, la puntería les estaba fallando. Un tiro al palo también ayudó. Tocó el pito del final del primer tiempo. Pronto llegarían los demás a tomar agua, a gritar, a corregir los errores.

Pronto entraría Sebastián y decidiría si entraba o no a la cancha.

—Entonces, ¿quieres entrar a jugar? —me preguntó Sebastián.

Supuse que era una pregunta retórica. Me había cambiado, estaba en medio del camerino, era obvio que quería entrar.

—Está bien —dijo con una media sonrisa—. Vas a entrar. ¿Qué le parece, entrenador, si sale Sardón y él entra en esa punta, pero más adelantado?

—No pienso salir —gritó Sardón.

—Sí vas a salir —dijo Sebastián.

—Para que entre tu amigo? Ni loco. Además, el tipo está con la pata rota, hace semanas que no juega, no ha ido a los últimos entrenamientos ni como oyente. No es justo que salga yo para que entre él.

—Tiene razón, Sardón —dijo el entrenador—. Déjemoslo unos minutos más y cuando alguien se canse, que entre.

—Ni modo, usted decide —dijo Sebastián.

No iba a defenderme ni un segundo, eso estaba claro.

Salí al segundo tiempo con la ropa puesta y me senté con los suplentes. Graciela me hizo con un gesto de hombros preguntándome qué ocurría, por qué no entraba, y le respondí con la cabeza que no sabía. Señalé al entrenador. Graciela hizo un gesto que significaba «este está loco» y trató de buscar la atención de Sebastián. Cuando la consiguió, me señaló en la banca. Sebastián no necesitó mirar para saber lo que estaba ocurriendo con su hermana. Le respondió con el mismo

gesto de hombros que ella me hizo a mí. Los dos eran tan parecidos.

Empezó el segundo tiempo. Los de quinto empezaron otra vez con las paredes y a ganar en todas las posiciones. Pasaron diez minutos y nuestro equipo no reaccionaba. Arriba, «El Ciego» Zimic había perdido completamente el encuentro y se limitaba a caminar pidiendo la bola. «Mateíto» Martínez tenía gran habilidad pero por más que Sebastián le exigía que la suelte, él intentaba ser el héroe y quería driblear a todos. Nunca llegaba al área rival.

Un nuevo remate del equipo Blanco terminó por hacer explotar a Sebastián. Corrió hacia el entrenador y le dijo:

—No hay modo, tienes que sacar a Sardón. No está haciendo nada.

—Bueno, bueno, que salga... y tú entras.

Ni siquiera me miró. Simplemente, fue donde el árbitro y pidió el cambio. El árbitro llamó a Sardón, que ya se las olía, y salió irritado de la cancha. En su camino se cruzó con la pelota, que estaba detenida mientras esperaban el cambio, y la pateó con ira. El árbitro le sacó tarjeta amarilla.

Entré a la cancha y apenas la pisé sentí pánico. No sabía cómo iba a responder mi pierna. No sabía qué tan cierto era lo que dijo Sardón, cuánto me había perdido por no asistir a los entrenamientos. No sabía, sobre todo, qué podía pasar en la comprensión con Sebastián ahora que habíamos dejado de ser amigos.

Escuchaba que las chicas del salón gritaban mi nombre apenas entré. Y también el de Graciela, haciéndole

escándalo. Tiraron algunas serpentinas. Fui a ocupar mi puesto a la izquierda de la cancha.

El juego se reanudó. Luego de unos minutos, Sebastián cogió la bola y empezó a avanzar. Yo avanzaba con él en la otra banda. Pensé que íbamos a hacer la «Torre Eiffel» pero no, él seguía avanzando como si no me viese. Me atreví tímidamente a levantar la mano. No me la dio, se la pasó a «El Ciego» Zimic que la perdió, por supuesto.

Me di cuenta de que Sebastián no iba a jugar conmigo. Me había puesto en el equipo quizá por su hermana, quizá porque pensó que yo podría hacer algo de modo individual, quizá solo para sacarse de encima a Sardón, pero el privilegio de jugar con él no lo iba a tener.

Decidí entonces tratar de conseguir la pelota por mi cuenta. Cuando uno de los defensas del equipo Blanco empezó a avanzar con la cabeza levantada, buscando a quién pasársela, supe que podía aprovechar el error. Corré a hacerle presión en la salida, con tanta suerte que se quedó sorprendido y quiso devolvérsela al arquero. Lo hizo tan mal que yo pude coger la bola (después de todo, estaba fresco), correr hacia el arco y rematar. Pateé la pelota con todo lo que tenía, con toda la furia, la rabia, el dolor, la consternación. Nunca he pateado una bola con tanta fuerza. No fue un remate colocado, ni esquinado ni cruzado, como los de Sebastián, sino un remate furioso al centro del arco. El arquero contrario quiso detenerla pero fue imposible con la potencia y la velocidad que llevaba.

Fue el gol del empate.

La barra del salón aulló. Escuché aplausos de los padres, el silencio asombrado de la barra del equipo

contrario, mi nombre coreado por las amigas de Graciela y, claro, también por Graciela. Estaba tan molesto y sorprendido que casi no celebré el gol; simplemente me di media vuelta y troté al centro del campo. Mientras caminaba escuché que Hofman me decía: «Qué tal cañonazo, compadre, ¿qué comes?». No contesté. Los chicos del equipo sí decidieron celebrar el gol y corrieron a darme el alcance. Terminé debajo de una pequeña montaña de brazos y piernas. Incluso el arquero se lanzó en la montaña. Los únicos que se quedaron sin celebrar fueron Seclén y Sebastián, parados los dos en medio del campo, esperando que siguiese el partido.

A partir de mi gol, las cosas se emparejaron. Ahora la diferencia de gol era demasiado grande y parecía más difícil. Se pusieron nerviosos y empezaron a patearnos. Yo recibí un par de golpes, y muchos empujones, pero en vez de amedrentarme, cada uno de ellos me animaba más a seguir adelante. Nunca había jugado un partido importante en mi vida, y ahora quería jugarlo. Nada me lo iba a impedir. Ni siquiera Sebastián y su absurdo deseo de no jugar conmigo. Ni los golpes ni el dolor que empecé a sentir en la pierna. Nada.

Llegué una vez más al arco gracias a un pase de «Mateíto» Martínez pero esta vez sí pudo cogerla el arquero, aunque exigido. Empecé a ganar pelotas en el centro del área y dárselas a Sebastián, que las recibía con los puños apretados y jamás me las devolvía. Prefería dárselas a cualquiera, incluso a Seclén.

Aun así, seguía dándole pelotas a Sebastián. «Juega con él, como antes» escuché que le decía el entrenador, pero Sebastián había dejado de ser el líder y se convirtió en un hombre hosco, solitario, resentido.

Ante el súbito autismo de Sebastián, me convertí en el jugador más peligroso del equipo. Dejé mi puesto de lateral izquierdo y me corrí al centro. Ahora era un referente de área. Las bolas empezaron a pasar a mi lado y yo a dosificarlas. Sebastián subió unos metros y aceptó, sumiso, el papel de delantero, acompañando a «El Ciego» Zimic. Cada vez que yo ganaba una bola, miraba a Sebastián para ver si estaba colocado. Él no me miraba ni me pedía la pelota. Me dejaba impresionado. ¿Realmente iba a dejar que una pelea entre nosotros arruinase el partido? ¿Iba a dejar pasar la oportunidad de ganar una Copa del Colegio de manera extraordinaria, teniendo todo para hacerlo, solo porque estaba molesto conmigo?

Entonces, mientras el partido parecía que se nos iba otra vez de las manos, ocurrió una falta de los blancos. «Mateíto» cobró la falta rápido y yo miré a Sebastián que recibía el pase y se iba solo por la derecha. Corré a ponerme en la zurda esperando un «Buscapiés». Le grité que me pase la bola, levanté la mano, «¡Torre Eiffel!», grité, pero nada. Él avanzaba a paso de tortuga mientras yo llegaba al área esperando el pase, tratando de no quedar en *offside*. Sebastián no iba a rematar al arco, eso era imposible, no tenía ángulo, pero tampoco me la iba a pasar. ¿Qué pretendía hacer? Era imposible esperar a «El Ciego» Zimic, que a estas alturas no tenía físico.

—Pásamela de una vez! —le grité.

No recibí el pase. El tiempo se había detenido. Un jugador contrario salió a cortar a Sebastián, quien la picó más hacia la derecha. Era ahora o nunca. Yo estaba bien ubicado y sin marca. Pero no me la pasó. Estaba como hipnotizado, sin saber qué hacer. Avancé hacia

él corriendo; si no me la pasaba, yo mismo iba a recogerla de sus pies. Entonces, viendo que me proyectaba sin bola, Hofman intentó detenerme y lo hizo con un puntapié feroz justo en la pierna donde estaba lesionado. Caí con un grito de dolor. Intenté levantarme pero no pude. Se me nubló la vista mientras escuchaba los gritos de todos en las tribunas, los bombos, los de mi salón, era un lío. Tendido, cogiéndome la pierna doblada, sentí el olor al césped y la imagen distorsionada de los botines que corrían hacia mí.

El árbitro había cobrado penal y roja para Hofman. Las tribunas se gritaban de todo. Graciela había bajado de la tribuna y esperaba al lado del entrenador. Todo giraba en torno a mí.

Sebastián se agachó hasta mi oído y me dijo:

—Perdona, debí pasártela antes, es mi culpa, perdóname.

—¡Eres un imbécil! —descargué mi furia—. ¡Eres el más grande imbécil que he conocido en mi vida!

Entró el entrenador con uno de los suplentes y me sacaron de la cancha.

En medio del dolor, mientras me metían en un auto para llevarme a la clínica, y veía que Graciela entraba por la otra puerta diciendo que no me iba a dejar, pude escuchar que Sebastián remataba el penal y anotaba el gol.



que el golpe que me dieron en la rodilla me dio mucha vergüenza. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé.

Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé.

Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé.

Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé. Yo quería que mi mamá se enterara de que yo jugué bien, pero no quería que mi mamá se enterara de que yo me lastimé.

**F**elizmente, el golpe no fue tan fuerte y pude asistir al colegio el lunes siguiente, vendado. Me recibieron como a un héroe. Aplausos, abrazos, felicidad por todas partes. Habíamos ganado el partido 3-2 y éramos los dueños de la Copa del Colegio. Era imposible concentrarse en las clases: de lo único que se hablaba era de la hazaña de haber conseguido la Copa ganándole a los de cuarto y quinto, los actuales campeones.

Estábamos en la gloria.

En el periódico mural varios espontáneos habían escrito reseñas del partido. Todas hablaban muy bien de mí. Algunas fotos en que se me veía jugando eran mi único recuerdo de ese día. Les pedí que me las regalen. Me las ofrecieron apenas cambiase el periódico mural.

Graciela decidió sentarse a mi lado. Buscamos los dos una banca vacía, y me dijo que pensaba ser mi compañera de pupitre hasta el final del año.

El gringo Hofman pasó durante el recreo a verme, me pidió disculpas por el golpe y me dijo que había jugado muy bien. Me invitó a ser parte del equipo del

colegio, donde también jugaba Sebastián. Teníamos un campeonato interescolar a fin de año y, si ganábamos ese, jugaríamos uno en Lima. Desde luego que acepté. Me dio la mano y me dijo que me esperaban el próximo fin de semana en los entrenamientos. Luego se fue caminando hacia María Fernanda.

—No te había visto antes por aquí —le dijo mientras demoraba en soltar la sonrisa. Ella le dijo con coquetería:

—Yo, sí.

—¡María Fernanda se pasa! —dijo Graciela—. Nunca va a cambiar. Le gustan todos.

—¿Y a ti? ¿Y a ti quién te gusta?

—¿Y quién más va a ser, tontito?

La felicidad se había convertido en esto, exactamente en esto. Palabras afectuosas, las manos cogidas, su sonrisa y la mía. Ya ni siquiera pensaba en Sebastián, quien durante los recreos se quedaba en su pupitre leyendo gruesos libros que sacaba de la biblioteca.

—Me da pena que ya no seas amigo de Sebas —me dijo Graciela—. ¿Por qué no me quieres contar por qué se han peleado?

—Nada importante.

—No creo que no sea importante. Sebastián está tristísimo, anda solo y cada vez que quiero decirle que vuelva a hablar contigo me dice que no me meta. Y todas las noches se va a caminar al bosque sin decirle a nadie a dónde va.

Yo sabía a dónde iba. Pero no pensaba ir a buscarlo.

—Déjalo, ya se le va a pasar.

—Y a ti, ¿cuándo va a pasarte? ¿No quieres ser su amigo otra vez? Los dos son los hombres más importantes de

mi vida, además de mi papá; quiero que sean amigos como antes.

La ternura en la voz de Graciela era imposible de excusar. Bajé la cabeza y contesté casi entre dientes:

—Un día, quizá. No lo sé ahora. No me preguntes esas cosas.

Al fin llegó el Día del Colegio, el día en que subiríamos al estrado y recibiríamos la Copa. Estaba emocionado, todos estábamos emocionados. Luego, la kermés en la que todos los padres de familia habían aportado algo. Bueno, no todos. No conseguí que mis padres se animasen a ir ni a participar en nada. De todos modos, me felicitaron por el triunfo. A mí me angustiaba saber que ellos se quedaban solos en casa. Me los imaginaba desatando la furia contenida solo para que no los viese. Por otra parte, ya estaba acostumbrado a no tenerlos conmigo jamás.

Los padres de Sebastián y Graciela, en cambio, llegaron temprano y tomaron asiento en primera fila. Su mamá había llevado unos *brownies* para vender y su papá conversaba con los demás —la mayoría de ellos, sus empleados—, sin tomar distancia de ninguno, con absoluta naturalidad, aunque todos le hablaban con respeto. Tenía una risa franca, abierta, como la de sus hijos.

Luego del discurso del director, el himno nacional y el del colegio, empezó una actuación de los salones de primaria. No me quedé a verla, me fui a conversar con unos amigos, a esperar que abran los quioscos de la kermés para ver si compraba algo de comer. La ansiedad me había dado hambre. Ayudé un rato a quienes me lo pedían, ya sea para colocar alguna vianda, colgar

un anuncio con los precios o incluso escribir precios en cartulinas.

Luego, tocó el turno de secundaria. El salón de primero cantó en coro «Imagine» de John Lennon. Los de segundo hicieron una danza folclórica que les salió pésimo, pero la bailaron con tanto entusiasmo que nos puso a todos de buen humor.

Le tocó entonces el turno a Graciela, como representante de tercero.

Primero, cantó la canción elegida por los profesores. Lo hizo con paciencia, dulcemente, acompañada por las palmas y el coro de los profesores desde sus asientos. Luego, antes de cantar la sorpresa que me tenía, dijo unas palabras. Eso estaba fuera del libreto.

—Les voy a cantar un tema que me gusta muchísimo. La cantante de este tema se llama Edie Brickell y conoció al amor de su vida cuando la cantó por primera vez en vivo, en un programa de televisión. Él estaba detrás de cámaras. Yo también espero haber encontrado al amor de mi vida cuando termine de cantarla. Se llama «What I am».

Tenía la vista fija en mí. Se había puesto roja de la vergüenza, pero aun así logró decir su parlamento con soltura. Las madres de familia, las profesores, los directivos, la miraban entre sorprendidos por la osadía y divertidos o conmovidos por el amor adolescente. Las chicas del colegio daban silbiditos y grititos apenas audibles. Los hombres lanzaron una carcajada. Varios me buscaron con la mirada. Uno me dio un golpe con el codo. Me crucé con la mirada de la mamá de Graciela. No parecía molesta ni sorprendida, solo sonreía.

Graciela empezó a cantar.

Cuando cantaba se le hacían hoyuelos en las mejillas. Abría sus ojos, que se veían entonces más grandes y amarillos que nunca. Su cabello en rulos caía sobre su espalda o sobre los hombros mientras movía la cabeza. Era impresionante que de ese cuerpo tan delgado pudiese salir una voz tan potente. Yo había escuchado esa canción en el casete que me regaló Graciela pero puedo decir, sin duda, que la versión de ella era mucho mejor. Un chico de cuarto la acompañaba en la batería, uno de quinto con la guitarra y otro del mismo grado con un sintetizador. Tampoco lo hacían mal.

Graciela se metía cada vez más en el tema, ausente de todos los que estábamos viéndola. Al verla tan emocionada, los asistentes nos quedamos encerrados en su voz, nos dejamos llevar por ella. Si en algún momento sentí ansiedad (ansiedad porque no lo hiciera bien, porque no se le escuchase la voz, porque se olvidase la letra o cualquier cosa que pudiera dejarla mal) en ese momento se me había ido por completo. Graciela era la dueña del espectáculo. Llevaba una chalina violeta en el cuello, una minifalda y medias oscuras. Tenía unos aretes que destellaban cada vez que movía la cabeza. Con sus manos golpeaba sus muslos marcando el compás, un gesto que le conocía bien; lo usaba siempre que buscaba concentrarse en algo, ya sea cantando o dando un examen oral o una exposición.

Era mi chiquita, mi amor.

Cuando terminó la canción, los aplausos fueron enormes. Graciela otra vez había sido la estrella de la actuación y se había metido a todos al bolsillo. No pude evitar sentir celos al ver que los tipos de cuarto y quinto la señalaban riendo, comentando quizá lo bonito de sus

piernas o sus ojos bellos, o cualquier cosa. Sin duda, varios de ellos estaban enamorados de ella al igual que yo. Era imposible no quererla.

Bajó del estrado y fue a buscarme. Sus padres se pusieron de pie para abrazarla. Ella los abrazó con una sonrisa. Cuando llegó donde sus amigas dio un grito de entusiasmo, mientras ellas le repetían que estuvo genial. Al fin, llegó a mí, me cogió la mano y me preguntó, con el gesto más dulce de la tierra, si me había gustado.

—Mucho —le dije—. Eres la chica más maravillosa del mundo.

Eso le bastó. No me soltó la mano, puso su cabeza en mi hombro y la escuché decirme que me amaba.

Con tantas emociones, me había olvidado que no había visto a Sebastián. Mientras los de cuarto hacían su espectáculo (una comedia escrita por uno de ellos y dirigida por el profesor de Literatura) lo busqué por todas partes. No pude encontrarlo. Le pregunté, al fin, por él a Graciela.

—No sé si va a venir. Ya te dije, está raro.

—Pero hoy es la premiación. ¿No vendrá a la premiación?

—Ni siquiera ha dicho nada de la Copa desde que la ganamos. Soy yo la que me entusiasmo, la que recuerdo el partido, la que cuento anécdotas. Pero él se queda mudo. Mis padres lo dejan estar así. «Ya pasará», dicen. No es la primera vez que se pone de ese modo. Sebas es muy depresivo. Incluso, antes de que tú llegaras estaba de ese modo, como zombie. Hacerse tu amigo hizo que volviera a ser feliz.

—Siento que debería hacer algo. No sé, quizás buscarlo.

—Ay, amor, eso sería lindo de tu parte. Seguro que eso lo alegraría. Pero ahora no, ¿ya? Un ratito quiero estar contigo. Me ha emocionado cantar para ti. Solo pensaba en ti mientras cantaba. Además, ahorita llaman al salón a recibir la copa y si Sebas es tan tonto para no subir, tú sí tienes que estar arriba de todos modos. Tú fuiste el héroe del segundo partido.

—Y Sebastián el del primero. No puede dejar de estar acá. Además, es el capitán, tiene que recibir la copa.

—Bueno, es su problema por no venir. Me da pena, pero en realidad es su decisión, ¿verdad?

Así eran Graciela y Sebastián. Tan racionales, tan adultos a la hora de hablar, tan conscientes de su responsabilidad. Sus padres podían estar orgullosos de haber criado a dos adolescentes tan maduros y tan talentosos. Sin duda lo estaban.

Luego de que quinto presentara su actuación, un baile con movimiento de gimnasia donde participaron solo las chicas, llegó la ceremonia de entrega de diplomas y copas. Dejaron, por supuesto, la Copa del Colegio de fútbol para el final. Uno a uno fueron pasando los alumnos premiados en arte y ciencias, y al final llamaron al equipo de tercero, el equipo Azul, «la gran sorpresa de este campeonato» anunció el director. Los padres y profesores aplaudieron a rabiar. Nuestro salón también, por supuesto. Uno a uno, subimos los del equipo al estrado, seguidos por el entrenador. Hasta el último momento esperé que llegara Sebastián. No

llegó. Recibimos medallas y la copa, que al final la alzó «Mateíto» Martínez y luego la hizo rodar de mano en mano. Cuando la recibí sentí que pesaba, me sentí bien, casi estuve tentado a besarla... era mi primera copa y mi primera medalla. Realmente quería dedicarme a eso, quería ser jugador de fútbol. Nada se comparaba a la sensación de estar ahí.

La Copa del Colegio fue devuelta al director. Tenía nuestros nombres grabados y la pondrían en la vitrina, con una foto de grupo. El entrenador sugirió que la foto se tomase otro día, con Sebastián, porque sin él no tenía sentido.

Todos estuvimos de acuerdo.

Cuando iba a reunirme con Graciela, sentí que me ponían cabe. Pude mantener equilibrio y girar para ver al culpable. Era Seclén.

—A ver, cojudo enamorado, dinos dónde se ha escondido tu cuñadito.

—No está escondido.

—Claro que está escondido —dijo Sardón—. Le dijimos que teníamos un asunto pendiente, y no ha venido.

—Un asuntito que tiene que arreglarse ya —agregó Seclén.

—Un asuntito, por cierto, que también tiene que ver contigo —dijo Sardón, tratando de meterme miedo.

—No tengo ningún «asuntito» que tratar con ustedes que yo sepa.

Empecé a alejarme de ellos hacia donde estaban los demás del salón.

—Anda a esconderte en las faldas de tu enamoradita —dijo Seclén—. Pero igual ni tú ni tu amigo se van a librarn de que venguemos a Samanez.

Me detuve y los encaré. Nunca me gustó escabullirme. No me daba miedo, además, tener que pelear con cualquiera si eso servía para no sentirme humillado.

—¿Qué tenemos que ver nosotros con Samanez?

—¿No? ¿Y quién le ha ido con el chisme de que te rompieron la pata al papá de tu novia? ¿Por qué crees que botaron a Samanez?

Seclén se acercaba a mí mientras me hablaba. Estaba muy molesto. Comenzaba a ponerse rojo de furia. Sardón, en cambio, mantenía una sonrisa despectiva.

—A ver, dime, ¿por qué lo expulsaron a Samanez del colegio?

—Porque su viejo no trabaja más en la mina, obviamente.

—Sí? Yo te voy a decir por qué despidieron al viejo de Samanez. Por tu culpa. Porque le fuiste a llorar a tu suegro como una niña. Como si tu pata rota le interesara a alguien. Y Sebastián seguramente también empezó a lloriquear para que boten al papá de nuestro amigo.

—No se va a quedar así —dijo Sardón interviniendo al fin—. Samanez nos ha contado todo. Queremos venganza.

—Ahí está el viejo de Sebastián, si tanto les preocupa, ¿por qué no hablan con él para que les explique por qué sacó del trabajo al papá de Samanez?

—No te pases de listo, baboso —dijo Seclén—. Vamos a buscar a Sebastián y vamos a enseñarle que con «Las Serpientes» no se mete nadie.

—Nadie —dijo Sardón—. Así que anda al escondite donde se ha metido y dile que lo estamos buscando.

No parecían estar bromeando. ¿Había alguna posibilidad de que Sebastián se estuviera escondiendo de ellos? Ninguna. Se escondía de mí, lo sabía perfectamente, era a mí a quien no quería ver.

Estuve un rato más con Graciela y sus amigas, comimos algunos *brownies*, jugamos tiro al blanco con pelotas de felpa, nos contamos chismes del salón sentados en la escalera. Ella estaba hermosa, más hermosa que nunca, con los labios ligeramente pintados, el pelo enredado y los aretes. Empecé a adorarla. Empecé a sentir la felicidad de estar con la chica más extraordinaria del colegio. En un rapto de emoción, le regalé a Graciela mi medalla de oro por el campeonato. Simplemente me la saqué del cuello y se la puse a ella.

—Hace juego con tus ojos —dijo.

Sus amigas empezaron a molestarnos.

—Que se besen —coreaban.

Nos besamos delante de ellas. Apenas un beso corto. El beso que estaba esperando desde que la vi cantar frente a todos, pero solo para mí.

Unos minutos más tarde, los padres de Graciela se acercaron al grupo, saludaron a todos y dijeron que ya se iban.

—Estamos preocupados por Sebastián —dijo la madre—. No contesta el teléfono, no sabemos si ha almorzado o no, ni a dónde se ha ido.

—Pensé que al final iba a venir acá —dijo el padre—. No entiendo qué sucede con ese chico, se la pasa todo el año hablando de la Copa del Colegio y cuando al fin la obtiene, no aparece ni su sombra.

—Déjalo —lo defendió su mamá.

—Yo creo saber dónde está —dije—. Voy a ir a buscarlo.

—¿En serio? Eres muy buen amigo —dijo la mamá de Sebastián con entusiasmo—. Estoy segura de que después de que hable contigo se pondrá bien.

—Entonces todo solucionado —dijo el papá, poniendo la mano sobre el hombro de su esposa—. Vamos a dejar que los chicos arreglen sus problemas entre ellos y ya no preocuparnos más.

Fui a buscar mi bicicleta, la cogí y salí del colegio, despidiéndome de Graciela con el brazo levantado. Ella hizo un mohín con la nariz. Pensaba llamarla más tarde. Primero quería encontrar a Sebastián.

No tenía dudas de que estaba en la cabaña. Llegué cansado de pedalear tan rápido. Entré y lo vi, en efecto, tendido sobre una manta en el suelo, como siempre leyendo. Cuando ingresé no se levantó a saludarme.

—No fuiste al colegio. No recibiste la Copa. No entiendo qué te pasa. Tus viejos están súper preocupados.

—Sabía que tarde o temprano ibas a venir. ¿Mis viejos están preocupados por mí? Siempre están así, no me sorprende.

—Tus viejos son lo máximo, Sebas, ya quisiera yo tener unos padres como los tuyos.

—¿Y a qué viniste? Pensé que no querías verme ni hablarre más.

—Ya deja las tonterías. No me parece bien lo que estás haciendo.

—¿No? ¿No te parece qué?

—No me parece que tengas a todos preocupados.

—Empezando por Graciela. Seguro ella te ha mandado.

—Sí, Graciela está preocupada, no te voy a mentir. Pero no vengo por ella ni por tus viejos, sino por mí. Porque somos amigos.

—¿Somos amigos? ¿Mejores amigos? No me pareció que lo fuéramos. Te conté mi secreto y me trataste como un perro. Como un insecto.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Nada, simplemente entenderlo como yo entiendo que tú estés enamorado de Graciela.

—Eso es diferente. Completamente distinto.

—¿Y por qué es diferente, a ver, dime, si lo tienes tan claro?

—Porque tú eres gay. ¿Qué querías que hiciera? Me dijiste que eras gay y me quedé confundido. Nunca había imaginado que un amigo mío pudiese ser gay.

En ese momento, antes de que Sebastián pudiese contestar, aparecieron por la puerta Sardón y Seclén. Me habían seguido en sus bicicletas, se habían escondido y escuchado la conversación. Y habían decidido que era el momento propicio de salir de su escondite.

—¡Así que Sebastián es un maricón! —gritó Sardón.

—¡Ese era el gran secreto! ¡Y este tipo está con la hermana y con el hermano al mismo tiempo! ¡Qué asco!

Seclén me empujó y caí sobre la pila de libros de Sebastián.

—¡No te levantes si no quieres que te caiga combo también a ti!

—La cosa no es contigo, baboso —dijo Sardón—. La cosa es con el cabro de tu novio. Tenemos un encarguito de Samanez, para que aprendas a no abrir tu bocota para que tu papi te defienda.

Sebastián no dijo nada. Se puso de pie y se sacudió el polvo. Los miraba sin miedo, incluso con serenidad, mientras yo estaba muy tenso. Unos segundos después, cuando pensé que todo iba a quedarse en insultos y

nada más, vi cómo Sardón saltó detrás de Sebastián y lo cogió de los brazos. Seclén entonces empezó a golpearlo. En el estómago primero, luego en la cara, hasta conseguir doblarlo. «Tú no te levantes», me gritaba a cada rato. Yo estaba helado, sin atinar a nada.

Cuando Sebastián estaba en el suelo y se disponían a patearlo, me puse de pie y salté sobre Sardón. Lo hice trastabillar.

—Dos contra uno no vale. ¡Son unos cobardes!

—Ah, ahora sale a defender a su novio —gritó Seclén—. Te ibas a ir sin nada, pero ahora te va a tocar lo mismo que tu amigo.

—Los dos son la misma porquería —dijo Sardón. Sebastián se fue encima de Seclén, mientras que yo intentaba coger a Sardón para inutilizarlo. Era obvio que ellos eran más fuertes que nosotros, así que pronto estuvimos otra vez en el suelo. Sardón me tenía cogido con una llave que no me dejaba moverme. «¿Te rindes?», decía a cada rato, mientras me torcía el brazo. Seclén también había atrapado a Sebastián. Pude ver que él ya no reaccionaba. Seclén empezó a golpearlo con ferocidad. Primero fueron puñetazos en la cara, cada vez más fuertes, y luego un par de patadas. En el estómago y en la cara. Después, se sacó la correa. Sardón entonces se asustó.

—Ya déjalo, cuñao, ya entendió.

Sebastián estaba sangrando de la nariz y la frente. Tenía los ojos cerrados y los labios apretados. Seclén estaba hecho un energúmeno. Azotó la correa en la espalda de Sebastián. Iba a volver a hacerlo cuando aprovechó que Sardón me soltaba para intentar detener a Seclén, para empujarlo.

—¡Ahora te toca a ti, maricón!

Seclén se trepó encima de mí y sacó un puñetazo que me hizo zumbar los oídos. Iba a darme otro pero antes se acercó a mí y me preguntó despectivamente: —¿Ya lo hiciste con Graciela? ¿Ya lo hicieron, maricón? ¡Dime! ¿Cómo es la cosita de Graciela, ah? ¿O te gusta más la del maricón de su hermanito?

Cogí tierra y se la arrojé a la cara. Retrocedió cubriéndose los ojos y maldiciéndome. Cogí un palo que estaba tirado en el suelo y les grité:

—¡Ya lárguense! ¡Váyanse o de verdad les reviento la cabeza!

Seclén quería seguir peleando, pero Sardón, no sé si por temor al palo que blandía o al ver que Sebastián sangraba y no reaccionaba, decidió arrastrar a su amigo y salir de la cabaña. Huyeron velozmente en sus bicicletas.

Intenté levantar a Sebastián, pero no pude. Seguía saliéndole sangre y gemía. Lo cubrí con una manta y corrí con mi bicicleta hasta la casa de alguien, de cualquiera, que pudiera ayudarme.

Una ambulancia llegó quince minutos después. También los papás de Sebastián, a quienes avisé desde el teléfono de mi casa. Mi mamá, asustada, me curó las heridas y los moretones, que no eran muy graves. Mi padre negaba con la cabeza.

—Esto no es posible —decía—. Es una selva.

Intenté levantarme y salir a preguntar cómo estaba Sebastián. Me lo prohibieron.

—No vas a salir hasta que sepamos qué ha pasado.

Les conté todo. Podía ver cómo se indignaban cada vez más.

—Les juro que no tenemos nada que ver —les dije—. Nosotros no hicimos nada.

Mi madre dijo que sí, por supuesto, que nosotros no teníamos la culpa. Mi papá dijo que tenía que aprender a defenderme.

Mi mamá me cubrió con una manta y apagó la luz. Cuando el dolor pasó, me quedé dormido.

**D**urante una mañana tranquila en la selva, llegué a la cabaña de Sebastián. Llegué a la cabaña en el momento que había comenzado a sonar la alarma de que se había perdido a Sebastián. No había ninguna señal de vida, ni rastro alguno en su habitación.

Al principio las autoridades no creyeron que Sebastián hubiera quedado solo en la selva, porque ya habían visto a Sebastián en la selva, y él no era de los que se pierden. Pero se equivocaron.

En la noche, la familia de Sebastián, que vivía en la finca, se dirigieron a través del valle, en busca de su hijo. Tres horas pasearon, sin encontrar rastro de Sebastián, cuando se escuchó un grito de dolor. Algunos de los vecinos de la cabaña se acercaron y vieron que Sebastián se había lastimado la muñeca.

Algunos de los vecinos de la cabaña se acercaron y vieron que Sebastián se había lastimado la muñeca. Al ver que Sebastián se había lastimado la muñeca, se acercaron a su cama y lo llevó a la cabaña de sus padres. Y Sebastián se quedó en la cabaña de sus padres en la noche. Ambos se acostaron y se quedaron dormidos.

— ¿Por qué no te quedas en la casa de tu hermano? — preguntó mi mamá. — Te diré que es mejor que te quedes en su casa y no te preocupe tanto por mí. — Me respondió mi mamá —. Tú ya estás grande y puedes cuidar a tu papá. — Me respondió mi mamá —. Tú ya estás grande y puedes cuidar a tu papá. — Me respondió mi mamá —. Tú ya estás grande y puedes cuidar a tu papá.

— Tú vienes y se te arregla el coche. — Me respondió mi mamá —. Tú vienes y se te arregla el coche. — Me respondió mi mamá —. Tú vienes y se te arregla el coche. — Me respondió mi mamá —. Tú vienes y se te arregla el coche.

— Ya lo siento — dije —. Vamos a devolver los documentos de mi papá.

Sabía que iba a seguir peleando, pero Sardón, no se si por miedo al daño que blandía o al ver que le habían sangrado y se reaccionaba, decidió acostarse a su lado en el sillón de la cocina. Hacía rato que se sentía como un bicho muerto.

Intenté levantar a Sardón, pero no pude. Se goteó saliéndole sangre y gemía. Lo cubrí con una manta y corrí con mi bicicleta hasta la casa de dirección de cárquera, que pudiera ayudarme.

Una ambulancia llegó quince minutos después. También los papás de Sebastián, a quienes yo solo les di el teléfono de mi casa. Mi mamá se quedó en casa los heridos y los recorridos que no eran muy graves. Mi papá se pegó a mi cabeza.

— Esto no es posible — decía —. Es una selva.

— Intenté levantarme y calar a pique como estaba. — Sobre todo, tú lo prohibieron.

— No vas a salir hasta que oportuno que ha pasado.

— Les conté todo. Podía ver como se indignaban cada vez más.

— Les dije que no tenemos nada que ver — les dije —. Nosotros no hicimos nada.

— Tú das la voz de alarma y tu mamá es la culpable del accidente. — Le dije —. Tú das la voz de alarma y tu mamá es la culpable del accidente.

## DIEZ

— Tú das la voz de alarma y tu mamá es la culpable del accidente. — Le dije —. Tú das la voz de alarma y tu mamá es la culpable del accidente.

— Tú das la voz de alarma y tu mamá es la culpable del accidente. — Le dije —. Tú das la voz de alarma y tu mamá es la culpable del accidente.

**D**urante una semana estuve yendo a la clínica, a visitar a Sebastián, luego de las clases en el colegio. Me sentaba solo en el pupitre porque Graciela no iba a clases. Se pasaba todo el día en la clínica acompañando a su hermano.

Al principio las noticias no eran nada alentadoras. Sebastián había estado varias horas, casi un día entero, en coma. Me dijeron que si yo no hubiese dado aviso de inmediato, hubiera muerto sin duda. Pero no me sentía un héroe.

Mis padres, la familia de Sebastián, Graciela, la Policía, los directores del colegio, los amigos en los recreos, todos me pidieron, una y otra vez, que cuente cómo sucedieron las cosas. Yo les iba contando a todos la misma versión, sin cambiar nada. El resultado fue la expulsión inmediata de Sardón y Seclén del colegio.

Los padres de ambos siguieron trabajando en la mina. A Sardón lo enviaron a un colegio de Lima, al cuidado de sus abuelos. Y Seclén terminó en un internado militar en Trujillo. Ambos tuvieron suerte de que

los padres de Sebastián no presentaran cargos. Pudieron terminar en la cárcel. La madre de Seclén estaba muy conmovida con el gesto de la mamá de Sebastián. Vi cómo la abrazaba llorando y pidiéndole perdón.

También vi llorar a Sardón en la dirección del colegio.

Me había reunido con el director y un par de profesores. Conté los hechos tal y como los recordaba, incluyendo la acusación de que por nuestra culpa habían expulsado de la mina al papá de Samanez.

Oculté, por supuesto, el dato de la homosexualidad de Sebastián. No sé si Seclén o Sardón lo mencionaron. De eso jamás se habló. Cuando salí de la dirección, vi a Sardón llorando en la sala de espera. Su padre estaba acompañándolo con un gesto adusto. Nunca había visto a un hombre más serio en mi vida, sin emociones, con los ojos abiertos como si fuesen de vidrio. Sardón repetía que solo quería asustar a Sebastián para defender a Samanez, que a Seclén se le pasó la mano, que él no había hecho nada malo.

—Seclén tiene la culpa —decía llorando, mientras su padre no movía un músculo.

La expulsión de «Las Serpientes» no fue suficiente para calmar el clima de tensión que se vivía en el colegio. Los chismes eran muchos. Los muchachos de cuarto y quinto no podían dejar de mirarme como a un bicho raro cuando pasaba delante de ellos en los recreos o la salida.

El logro de la Copa del Colegio parecía un hecho tan lejano entonces, una historia de la que nadie hablaba.

Sin embargo, la copa estaba ahí, en el salón de trofeos, junto con la fotografía del equipo. Habían puesto una del final del partido, de cuando ganamos a quinto.

El rostro de felicidad de la mayoría contrasta con el de Sebastián, con los labios mordidos, como si quisiera llorar. Yo no estoy en la foto; estaba con Graciela en la clínica en ese momento por culpa de Hofman.

Me dolía no estar en la foto.

Me percaté de que en la foto oficial, Seclén miraba hacia Sebastián con odio. Pensé que desde ese momento lo había sentenciado.

Mi pobre amigo, mi pobre Sebastián.

Iba a verlo, como dije, apenas terminaban las clases. Subía a la bicicleta y pedaleaba hasta la clínica. A veces me cruzaba con la madre y siempre, inevitablemente, con Graciela. La abrazaba y ella parecía contenta de verme. Me comentaba los avances del día mientras íbamos a comer algo fuera de la clínica. Primero, eran noticias breves y apenas felices: que ya respiraba sin ayuda, que ya no estaba en coma, que había reconocido caras, nombres, números. Que sabía en qué día estábamos. Que apenas si sentía dolor.

Luego, el martes, lo pasaron de cuidados intensivos a un cuarto.

Cuando intenté ingresar, me retuvo su madre en la puerta.

—No es contra ti —me dijo seria—. No quiere ver a nadie.

No le creí. Sebastián no me había perdonado. Luego salió Graciela y volvió a decirme que Sebastián había pedido no ver a nadie. Me contó que estaba con la cara muy hinchada, casi irreconocible, y que no podía hablar ni nada. Le habían llevado un televisor y libros. Leía mucho. Ella y su mamá se turnaban para acompañarlo.

Me abrazó y se puso a llorar.

A pesar de eso, sentí cierta distancia en ella.

—¿Le has dicho que soy yo? —le dije y, en el colmo de la desesperación, añadí—: ¿Sabe que he estado viniendo todos los días?

—Sí —dijo Graciela separándose de mí—. Sabe eso y también sabe que, si no fuera por ti, ahora estaría muerto. Pero aun así, no quiere ver a nadie.

—Ni a mí?

—Ni a ti.

No me quería ver. No era la cara hinchada, no era el dolor ni la frustración de estar en cama. No era nada de eso. No quería verme a mí y por eso, para no explicar nada, había prohibido el ingreso a todos los que no fueran su familia.

De algún modo, temía que mientras más me alejaba Sebastián de su vida, más se alejaría Graciela de la mía.

Seguí yendo a la clínica a pesar de la prohibición. Pero mis visitas eran cada vez más cortas. Eran solo para ver a Graciela, en realidad, conversar un poco, besarla en los pasillos, llevarla a comer. Su mamá me animaba a venir.

—No dejes de venir, Graciela te necesita mucho —repetía. Además, me aseguraba que tarde o temprano Sebastián se animaría a verme. Graciela parecía, sin embargo, cada vez más incómoda con mis llegadas, cada vez más lejana.

Cuando no era yo el único que venía, sino María Fernanda o cualquiera de sus amigas, prefería estar con ellas. Y entonces se la veía relajada. Cuando estábamos

los dos solos, aunque seguía siendo una chica tierna y dulce, yo sentía como un freno, una pared invisible que no podía traspasar.

Una tarde me dijo desesperada:

—No entiendo por qué Sebastián no quiere verte.

—¿No quiere verme solo a mí?

—En realidad, no quiere ver a nadie. Lo repite siempre. Pero no entiendo por qué no quiere verte a ti. Hay cosas que no logro comprender de la amistad entre ustedes.

No dije más. Cambió de tema y yo no me animé a insistir en eso. Me quedé con el corazón suspendido en el aire, con pánico de que me dijera algo, lo que sea, que pudiese concluir con que no quería verme más.

También me enteré de que Sebastián no había querido colaborar con la Policía. No había dicho el nombre de Seclén ni de Sardón, no había explicado por qué lo golpearon y menos aún qué hacía en esa cabaña a esa hora.

Los policías lo interrogaban y él, con los brazos cruzados, miraba el follaje tras la ventana de su cuarto.

—Está bien, muchacho, no estás obligado a nada —le dijeron los policías. Era obvio que no necesitaban más datos porque, a diferencia de Sebastián, yo había contado todos los detalles sin ningún problema. La actitud de Sebastián me dejó mal parado. Ahora resultaba que era un soplón.

Un día no pude más y me puse a llorar delante de una profesora a quien le tenía confianza.

—No soy soplón —le dije—, solo quería que se supiera quiénes fueron. Solo contesté las preguntas que me hicieron.

—Hiciste bien —dijo ella, abrazándome—. No podemos tener esos malos elementos en el colegio. Lo hiciste por defender a tu amigo.

Sus palabras no me aliviaron. Había dejado de dormir por las noches y a tener lo que, luego supe, eran ataques de ansiedad. Sentía que el pecho se me cerraba, que no podía respirar. Mi madre me llevó al neumólogo, quien dijo que no era nada de los pulmones ni asma ni tampoco alergia.

—Debe ser emocional —dijo y me recetó unas pastillas que me hacían dormir de inmediato.

Pero al despertar seguía con la sensación de asfixia. Aquel fin de semana, cuando me disponía a ir a la clínica a ver a Graciela, mi papá me dijo que al día siguiente, domingo, me iba a Lima con mi mamá por un tiempo.

—¿Por qué a Lima? ¿Y el colegio?

—En el colegio mismo nos han recomendado que vayas. Quieren que converses con un especialista.

—¿Qué especialista? ¿Ya no vieron que no tengo nada?

—Otra clase de especialista —dijo mi padre.

Cuando me despedí de Graciela, se echó a llorar sobre mi hombro.

—¿Por qué ha pasado todo esto si éramos tan felices? —me dijo abrazándome con fuerza—. Todo estaba bien, no entiendo por qué de pronto nos pasó todo esto.

—Es como si el orden del mundo se hubiera roto —dije.

Ella levantó la cabeza hacia mí. Volvió a abrazarme. —Eso es lo que hubiera dicho Sebastián —contestó bajito.

—Solo me voy por una semana, no creo que mucho más, y vuelvo de inmediato. Te voy a llamar todos los días.

—Yo la próxima semana vuelvo al colegio.

—Entonces toma nota bien y guárdame las tareas. Y si hay que hacer una tarea de grupo...

—Ya sé, te pongo en el grupo.

Llegó el momento de irme. Graciela me abrazó pero se alejó de inmediato y se puso a mi lado, golpeándose las piernas con las manos. Su mamá también salió a despedirse de mí. Me dijo que había hablado con mis padres y que me haría bien irme a Lima.

—Han sido días muy difíciles para todos, pero ya pasarán. No puedes estar así, con esa sensación de angustia. Tienes que ponerte bien.

—Quisiera ver a Sebastián antes de irme.

Ella asintió. Me quedé solo en el pasillo, con la puerta cerrada. Escuché voces. Luego los pasos de Graciela que salía a decirme que no, que Sebastián seguía diciendo que no quería ver a nadie.

Nos despedimos con un beso en los labios. Yo le cogí la cabeza. Aún tengo la sensación de su pelo enredado en mis dedos.

Fui hacia el ascensor pensando en que Graciela no me había dicho que me iba a extrañar. Y tampoco me había dicho que no me fuera. Esas ideas empezaron a rondar por mi mente cada vez más. Me torturaban. Graciela se había alejado de mí. La iba a perder. La había perdido.

—No pienses tanto —me dijo mi mamá esa noche—. Por estar pensando todo el rato es que estás así y no puedes dormir ni nada. Deja de pensar.

Dejar de pensar... no, no era tan fácil. Se me quedó la cara pálida y con los ojos vidriosos de ansiedad. Comencé a pensar que no sabía lo que se me ocurría que me había hecho sentir tan mal. Me sentí como si estuviera en un campo de concentración de los nazis.

Pero al final, regresé la cara a su tono normal y sonreí. Estaba sin saber dónde iba a terminar la noche. Algunas cosas ya no me importaban tanto. Mi abuela se sentó en la mesa y comenzó a comer su sopa de pollo. Al verla, recordé que yo también quería comer algo. Tomé una cuchara y comencé a comer la sopa que mi mamá había preparado para mí. Me sentí mejor.

—Lo siento mucho por lo que te pasó —dijo mi mamá—. No te culpes tanto. Tú no hiciste nada malo. Yo solo quería que tuvieras un poco de tranquilidad. Tú eres un gran chico. No te preocupes más por tu mamá. Tú mereces ser feliz.

—Tú también eres un gran chico —dijo mi mamá—. Tú no te culpes tanto. Tú no hiciste nada malo. Tú eres un gran chico. No te preocupes más por tu mamá. Tú mereces ser feliz.

...cuando Sebastián no quiso reciberte en la clínica, empecé a pensar que algo andaba mal contigo. Dejé de pensar en lo que yo sentía, solo tenía cabeza para el pobre de Sebas, no te imaginas cómo le dejaron la cara esos malditos. Tenía pena por Sebas y me dedicaba solo a él. Pero sentía una espina clavada en el corazón, como un presentimiento, que me hacía poner triste cada vez que te veía. Perdona si te hice sufrir con mi frialdad...

**L**a carta de Graciela llegó un sábado, tres semanas después de que me fui del pueblo. Desde que llegué a Lima había estado yendo a un psiquiatra toda la semana. Tomaba pastillas contra la ansiedad para evitar sentir que se me cerraba el pecho.

—Tienes que saber que no estás enfermo, que no te vas a morir si se te cierra el pecho y quedarte tranquilo —me decía el psiquiatra.

Yo sabía eso. Llamaba a Graciela todas las noches. Hablábamos del colegio, de cómo iba mejorando

Sebastián, de lo que veía o hacía en Lima, de las travesuras de sus amigas (María Fernanda había empezado a salir con Hofman), pero jamás me preguntaba cuándo regresaba. Era yo quien le decía que esperaba volver pronto.

Y sí, es cierto lo que decía en la carta, aunque la nota amable estaba fría, como distraída. Habían pasado dos semanas y mi madre no parecía querer regresar. Siempre que insistía, me decía que la terapia no había concluido, que regresaríamos cuando estuviese mejor.

Hasta que, una noche, me confesó que no regresaríamos más. En Lima mi madre había estado haciendo gestiones, vendiendo cosas, un ajetreo poco natural que solo interrumpía para llevarme y traermee de la consulta del psiquiatra.

—Tu padre y yo nos vamos a separar —me dijo.

No le pedí explicaciones ni ella me las dio. Supe que estaba intentando que me aceptaran en mi antiguo colegio. Si daba bien un examen y aceptaba quedarme por las tardes en una nivelación, no perdería el año.

Durante esas semanas solo pensaba en Graciela. Todas las escenas de nuestra vida juntos pasaban una tras otra. Cuando la escuché cantar «Gloomy Sunday» en su casa. Cuando hablamos al pie de la escalera de su casa. Cuando iba a visitarme en mi cuarto. Cuando vimos aquella película juntos en el colegio. Cuando me grabó un casete con la música que le gustaba. Cuando nos besamos por primera vez. Cuando oímos música en mi cuarto toda la tarde. Cuando me llamaba por teléfono para contarme sus cosas y decirme, siempre, al final de

las conversaciones, que me quería cada día un poquito más. Cuando me llamó para ir donde María Fernanda. Su cuerpo desnudo durmiendo junto al mío. Su espalda. Sus piernas. Sus ojos amarillos. Su pelo enredado. Cuando peleamos por una tontería y no hablamos por una semana. Cuando volvimos a hablarnos gracias a ella. Cuando me animó a entrar a jugar en aquel partido, cuando celebró mis goles desde la tribuna, cuando me acompañó a la clínica antes de que acabase el partido, cuando cantó «What I am» y me dedicó la canción. Incluso los últimos días en la clínica, tan fríos, tan raros, incluso de eso me acordaba con ternura.

Las primeras semanas seguíamos hablando por teléfono. No me atrevía a decirle que mi madre me había dicho que no volvería. Ella no me preguntaba cuándo volvería, y yo no le decía nada al respecto. Nos despedíamos como dos buenos amigos.

«Duerme rico», le decía. Y ella me contestaba «Tú también duerme rico».

A veces le decía «Te quiero», pero ella no contestaba. Aunque tampoco dejaba jamás de contestarme ni de contarme qué estaba haciendo.

Hasta que llegó esa carta.

La carta de Graciela.

La carta que llegó un sábado.

Sé que cuando leas esta carta querrás llamarla de inmediato, tendrás mil preguntas y reproches que hacerme. Pero no lo hagas. No me llames más. A partir de ahora, no volveré a contestarte el teléfono. Lo siento, he pensado mucho si debía o no escribirte esto pero ya no

*puedo más, en serio, no puedo más. No quiero que sufras y tampoco quiero seguir sufriendo yo. Ya no podemos seguir juntos...*

Le hice caso y nunca más la llamé por teléfono. Pero no dejé de acordarme de ella ni un solo día. Todos los días del año, todos los días del siguiente año, me acordé de Graciela. Y todos los días del resto de mi vida.

Hasta que recibí una llamada suya. Habían pasado veintiún años y volví a escuchar su voz.

Yo había terminado el colegio y la universidad. Había tenido varias novias, viajado fuera del país con una mochila, poca plata y amigos. Mi padre solía venir a visitarme dos veces al año. Cuando terminó su trabajo en la mina, se fue a vivir a Estados Unidos, a Washington, como consultor. Entonces era yo quien lo visitaba. En Washington me enamoré de una chica, un romance furtivo que se reanudaba, cada vez con más intensidad, a cada regreso mío.

La chica se llamaba Mía, sus padres eran panameños.

Empecé a escribir. Publiqué una novela breve que tuvo buena acogida. Me había convertido en un escritor joven. En una promesa de la literatura.

Salía de vez en cuando en los diarios.

Mi madre se consiguió un novio, se casó con él, vendió la casa donde vivió con mi padre, con la que se quedó luego del divorcio, y se compró un departamento. Ahí se fue a vivir con el nuevo esposo y la hija de este.

Había un cuarto para mí, pero yo decidí independizarme.

Tenía trabajo en academias de nivelación enseñando Literatura. Además, dictaba seminarios de gramática para una corporación que trabajaba con empresas.

Tuve más novias.

Con una de ellas incluso llegamos a vivir juntos un año. La separación fue terrible. No supe nada más de ella, aunque ella estuvo llamándome durante años para insultarme.

Un día llegó Mía a visitarme al Perú. Viajamos por el interior del país. Le conté toda mi vida. Ella me contó la suya. Le hablé de Sebastián y de Graciela.

—¿No supiste nada más de ellos? —me preguntó.

—No —le dije—, nada más.

—¿Y no te da curiosidad?

Le mentí tan mal que ella tuvo que abrazarme.

Cuando llegó el momento de que se fuese, le pedí a Mía que se quedara. Que se casara conmigo.

Aceptó.

Publiqué dos novelas más. La segunda de ellas ganó un premio importante. Recibí mucho dinero, pude dejar de enseñar gramática, ahora trabajaba para un diario y tenía un buen sueldo. Mía también había logrado insertarse en el país, y trabajaba como analista económica en una empresa privada.

Nos casamos. Mi padre vino al matrimonio. Mi madre y su esposo también vinieron. Todos nos emborrachamos.

Un año después tuve un hijo.

Tres años después. Mía se separó de mí y regresó a los Estados Unidos. Se llevó a mi hijo. Empecé a viajar

para verlo. Intenté volver con ella, pero ella no quería saber nada de mí. Luego, fue ella la que quiso regresar, pero yo entonces me había acostumbrado a mi soledad y tuve que rechazarla.

Decidí vivir en Barcelona. Conseguí un agente. Trabajaba durante el día haciendo correcciones para una editorial y como lector, además de escribir para revistas. Por las noches, redactaba una nueva novela. La editorial que me había otorgado el premio le aseguró a mi agente que iba a publicar todo lo que yo escribiese.

—Estás en la cresta de la ola —me dijo mi agente.

Entendí que debía escribir sin parar. Escribir sin desmayo hasta que la cresta de la ola bajase y terminara varado en la orilla, en la arena, viviendo de lo que había logrado recibir cuando estaba arriba de la ola.

Conocí a una chica en un coctel de la editorial.

—Te he leído —me dijo. Tenía quince años menos que yo. Se quedó a dormir dos o tres noches.

—No quiero compromisos —le dije. Se quedó a dormir dos noches más.

Aparecía y desaparecía.

Cuando se quedaba en casa, hacía el desayuno, regaba las plantas, leía mis libros y los subrayaba.

Y un día de esos, mientras escribía mi novela (que a todos les decía que se iba a llamar *La cresta de la ola* pero que en realidad se titulaba *Armonía perdida*) recibí la llamada de Graciela desde Lima.

Me dijo que le había sido difícil ubicarme. Mi madre fue quien, al fin, le había dado el teléfono. Me dijo que sabía de mis éxitos, que le parecía impresionante

todo lo que había conseguido escribiendo. Me dijo que había leído todos mis libros y que todos le fascinaban.

Me dijo que Sebastián acababa de morir.

Lo iban a enterrar en el pueblo, como él quiso. Quería que yo estuviese en el entierro. Quería que yo dijese unas palabras. Conseguí un vuelo a Lima esa misma noche. Al día siguiente, estaría en el pueblo y asistiría al entierro de Sebastián.

—Hay dos cosas que nunca podré perdonarte.

No podía dejar de mirar a Graciela. Ya de niña era una chica que proyectaba una belleza especial. Pero cuántas veces ha ocurrido que esa belleza terminaba convertida en una persona demasiada alta, una cara muy larga, un cráneo poco proporcionado o los ojos chicos. No pasó eso con Graciela. Se había convertido en la mujer hermosa que su cuerpo de niña anunciaba.

Pero no podía decir que era una mujer feliz. No, no parecía feliz.

—Qué bueno que son solo dos cosas —le dije—. Yo no me perdonó a mí mismo por lo menos un centenar.

—La primera es lo que pasó con Sebastián —continuó sin dejarse interrumpir—. Al principio, estaba tan preocupada por él que no pensaba en ti, en que te ibas a Lima, en que no nos comunicábamos tanto, en lo raro que era que Sebastián no quisiera verte. Después, cuando te fuiste a Lima y empecé a extrañarte, Sebastián me contó todo.

—Y qué es ese «todo».

—Ya sabes. Me confesó que estaba enamorado de Benjamín, que te lo había contado a ti y que tú dejaste de hablarle desde entonces.

—Es cierto, no supe cómo actuar. Era un niño.

—Primero me puse a llorar, no podía creer lo que mi hermano me estaba diciendo. ¿Amaba a Benjamín? ¿Le gustaban los hombres? ¿Entonces era homosexual? Me asusté mucho, pero lo abracé porque él también estaba llorando. Y estábamos en esa clínica horrenda, pintada de aquel verde que no puedo sacarme de la cabeza hasta hoy, los dos solos, los dos hermanos mellizos. Entonces apareció tu rostro; tú, al que yo tanto amaba, mi primer amor, y me di cuenta de que dejaste solo a mi hermano, que le quitaste tu amistad solo porque era distinto a los demás. Y mientras más necesidad de proteger a Sebastián sentía, más te odiaba a ti por haberlo abandonado.

—Lo siento. Tienes razón. No tengo nada que decir. Fui un cobarde.

—Yo sé que nadie nos enseña cómo enfrentarnos a esa edad con una persona que confiesa ser distinta a los demás. Es cierto. Este mundo es tan perverso que cuando alguien dice que es diferente, huimos de él por instinto. Pero tú eras su amigo, él te adoraba. Y te necesitaba.

—Me necesitaba mucho. Y te juro que yo a él.

—Lo segundo que no te puedo perdonar es que no me llamaras más.

—¡Pero tú me pediste que no lo hiciera! ¡Me escribiste una carta!

—Sí, te odié, me hiciste daño, lloré mucho. Pero luego pasó todo, Sebastián se mejoró, volvió a ser el chico alegre, comprometido con el salón y brillante que siempre fue. El episodio pasó. Él no volvió a mencionarte más. Pero yo sí te esperaba, yo sí me acordaba de ti.

—Lamento no haberte llamado. Es mi carácter. Si me pedías que no te llame, no te iba a llamar jamás.

—Pero yo hubiera querido que luches por mí. ¿Sabes que nunca más tuve enamorado en el colegio? Incluso en quinto, cuando tocaba ir a la fiesta de promoción, tenía el sueño de que me ibas a llamar, a decir que querías acompañarme. Al final me acompañó Sebastián, claro.

—¡Graciela! ¡Lo siento tanto! Yo me moría por ti, pensaba siempre en ti, pero respeté tu carta. Pudiste llamarla tú.

—¿Yo? Imposible. ¿Sabes? Pensé que me habías olvidado, te imaginé rodeado de amigos de Lima, de decenas de chicas preciosas, de una nueva novia. ¿Cómo iba a llamarte? Tenía miedo de que te hubieras olvidado de mí.

—Todos estos años... qué tontería. Todo ha sido un error. No sé qué más decir. Me siento tan ridículo.

—¿Sabes? He leído tus libros y me encantan. Pero la que es verdadera fan es mi madre. Ella está orgullosa de ti, a todo el mundo le cuenta que te conoció, que eras el mejor amigo de Sebastián, que ella siempre supo que ibas a ser brillante.

—Qué pena tener que verla en esta circunstancia.

—Fue ella la que me pidió que te llame. La que quería que dijese unas palabras en el funeral de Sebas. Yo tenía pánico de que me dijeras que no. Que ya ni te acordabas de él ni del colegio ni de la mina. Ni de mí.

—Eso es imposible. Siempre pienso en todo lo que pasó.

—Gracias por venir.

Me cogió la mano. La tenía tibia, deliciosa. Tuve una sensación de alivio. La misma que tenía cuando era un niño y ella me cogía la mano. La sensación de que todo va a estar bien. Basta que Graciela me tocase

la mano, me la apretase ligeramente, para que supiera que todo iba a estar bien.

—¿Vamos a ver a mi madre?

Fuimos a verla al velorio.

Había envejecido mucho, la tristeza por la pérdida de Sebastián la había destrozado. El padre también estaba mal, pero sufría con entereza, con la mirada seria. Me reconoció y me dio un apretón de manos, y luego volvió a hacer sus cosas, a conversar con sus amigos y parientes que rondaban el cadáver de Sebastián en un ataúd. Su madre, en cambio, apenas me vio me abrazó como a un hijo y lloró en mi hombro mientras yo repetía que lo sentía mucho.

La madre volvió a contarme lo que Graciela me había contado sobre la muerte de Sebastián. Fue de un momento a otro. Aneurisma. Una noche le dolía la cabeza y una pastilla lo calmó. La noche siguiente volvió a dolerle. Se echó a dormir y no despertó.

Él siempre había pedido que lo enterrasen en el pueblo. Adoraba ese pueblo, adoraba el colegio donde fue el alumno más destacado, donde ganó todas las copas de fútbol desde tercero. Adoraba el bosque y la cabaña, ahora todo eso convertido en edificios de oficinas. Ese era su lugar y así lo entendieron sus padres y trajeron su cadáver.

Y aquí lo enterrarían.

—Enterrar un hijo —dijo la madre de Sebastián—. No hay nada más injusto, más absurdo e incomprendible que enterrar a un hijo.

Graciela y Sebastián habían terminado el colegio en el pueblo. Luego, decidieron viajar a Lima a estudiar en la universidad. Su padre, que aún mantenía el cargo de gerente general en la mina, les rentó un departamento. Coincidientemente, ese departamento quedaba muy cerca de uno que alquilé alguna vez. Era casi imposible que no nos cruzáramos, pero no sucedió jamás.

Graciela estudió Psicología y Sebastián empezó a estudiar Ingeniería Industrial, además de jugar fútbol por el equipo de la universidad. Un cazatalentos lo vio y lo llevó a un club. Jugó un par de años ahí, con muchas posibilidades de llegar al equipo profesional. Al menos eso creían todos.

Pero antes de cumplir los 19 años, Sebastián decidió dejar la universidad, el club y la carrera, y viajar a Brasil. Se fue a vivir allá. Allá terminó una carrera de ingeniero, allá consiguió trabajo y allá vivió todos estos años. Y allá murió.

Junto a Benjamín. Todos estos años, junto a Benjamín.

—¿No te parece increíble? —me dijo Graciela—. No sé cómo ha sido tu vida, pero la mía ha sido un desastre. Cada pareja peor que la otra, cada historia de amor más triste que la otra.

—La mía igual, un desastre.

—Pero Sebastián siempre supo a quién amaba y lo fue a buscar. Y lo consiguió. Luchó por lo que quiso y lo obtuvo. Como todo en la vida, obtuvo lo que quería. Sebastián consiguió lo que todos queremos: un amor para toda la vida.

—Es admirable.

—¿Y sabes qué? Fue feliz. Muy feliz.

Supe que sus padres se preocuparon al principio por el abandono de la universidad, pero luego aceptaron que Sebastián era mayor de edad y responsable. Cada año, en Navidad o vacaciones de Fiestas Patrias, iba Sebastián a visitarlos hasta el pueblo, donde sus padres decidieron quedarse a vivir, incluso después de que su papá se jubilara. También Graciela solía viajar al pueblo para reunir a toda la familia. Luego empezó a ir con Benjamín, con el que viajaba a Cuzco o viajaban a las playas del norte, donde alquilaban una casa por todo el verano. Odiaba estar en Lima, nunca pasaban por ahí más del tiempo suficiente.

Cuando cumplió 24 años, Sebastián les confesó a sus padres que era homosexual y vivía con Benjamín. No hubo drama, ni preguntas ni nada. Solo un abrazo fuerte de parte de los dos. Y de Graciela.

«Sí», pensé. «Fue feliz.»

Hablé diez minutos en el entierro. Me emocioné. Tuve que dejar de lado las fichas amarillas y hablar de mi amigo, mi amigo que supo ser feliz, aquel amigo que quiso enseñarme a mí, y a todos, cómo ser feliz. Comenté también lo que me dijo un día sobre el orden de las cosas, cómo Sebastián pensaba que todo debía seguir un orden, y cómo había logrado él hacer que su vida se pueda regir, contra viento y marea, bajo ese orden.

Y ese orden, dije, es la felicidad. No aquella felicidad gratuita que nos cae del cielo, sino aquella por la que se lucha todos los días, la que nos obliga a buscarla sin bajar los brazos, sin ceder al miedo, a la

inseguridad, a subestimar nuestra capacidad de ser felices. La felicidad para él nunca fue un regalo, sino una consecuencia de hacer las cosas bien.

—Ahora que se ha ido demasiado pronto —agregué—, solo nos queda entender qué nos quiso decir con su vida. Y empezar a luchar por nuestra propia felicidad.

Entre la gente que aplaudía pude descubrir un rostro que nunca había visto antes, pero supe reconocer. Era Benjamín. Me abrí paso entre los parientes, me puse a su lado y lo saludé. Él me abrazó y me dijo que le gustaron mis palabras.

No pude saber si Sebastián le había hablado de mí o no. No importaba en realidad. Benjamín era alto, como lo imaginé, elegante. Estaba callado. Ahora tendrá que aprender a vivir sin Sebastián, como todos nosotros.

Al día siguiente, Graciela me invitó a tomar el té en casa de sus padres antes que de saliese mi avión hacia Lima.

Me puso al día con lo que le ocurría a sus amigas. María Fernanda tenía dos hijos y vivía en Qatar con su esposo, que era aviador. Milu estaba desaparecida. Graciela había abierto su propio consultorio en la casa que compró en San Isidro.

Un día le pareció ver a mi madre en un centro comercial.

Me pidió que le dedique todos los libros. Mientras los firmaba, me confesó que ella y Sebastián, el día que llegué yo al colegio, hablaron de mí. Ella le dijo que yo le parecía guapo y recorrido, y que él le dijo

## Índice

que se notaba que yo, en efecto, era una persona muy especial, pero que no me había dado cuenta aún.

—De algún modo, Sebastián quiso hacerte descubrir que eras especial.

—Y lo consiguió.

—Siempre conseguía que los demás sacásemos lo mejor de nosotros mismos. Ese era su don.

Me preguntó si ya no hacía deporte. Le confesé que nunca más volví a jugar desde tercero. Los libros y la literatura desplazaron al fútbol. Ella también había dejado de cantar, pero estaba empezando a tomar clases con un grupo de muchachos en un club de jazz de Lima. A veces hacían recitales. Si me quedaba en Lima un tiempo, me invitaría a oírla. Luego me preguntó por mí, por mi hijo, por mi ex esposa, por cómo es vivir en el extranjero.

—¿Sabes? Tengo miedo de no tener un hijo. Se me pasa el tren, ya sabes, cuando una tiene más de treinta y cinco años empieza el temor. Me da miedo quedarme sola.

—Eso no va a pasar, Graciela. Siempre puedes venirte conmigo a Barcelona, siquieres.

Me miró con un gesto que decía con toda claridad: «No estoy bromeando» y tomó un sorbo de su té. Pero yo tampoco estaba bromeando. Y esperaba tener el resto de mi vida para demostrárselo.

Mi segundo gol sobre la tumba del superhéroe olvidado, pasándose por el superhéroe que se quedó solo en la plaza vacía y muerta de orgullo, que llegó a la boya al final y se quedó quieto porque sabía que su

UNO	9
DOS	23
TRES	29
CUATRO	33
CINCO	43
SEIS	51
SIETE	59
OCHO	73
NUEVE	81
DIEZ	101
ONCE	117
	125